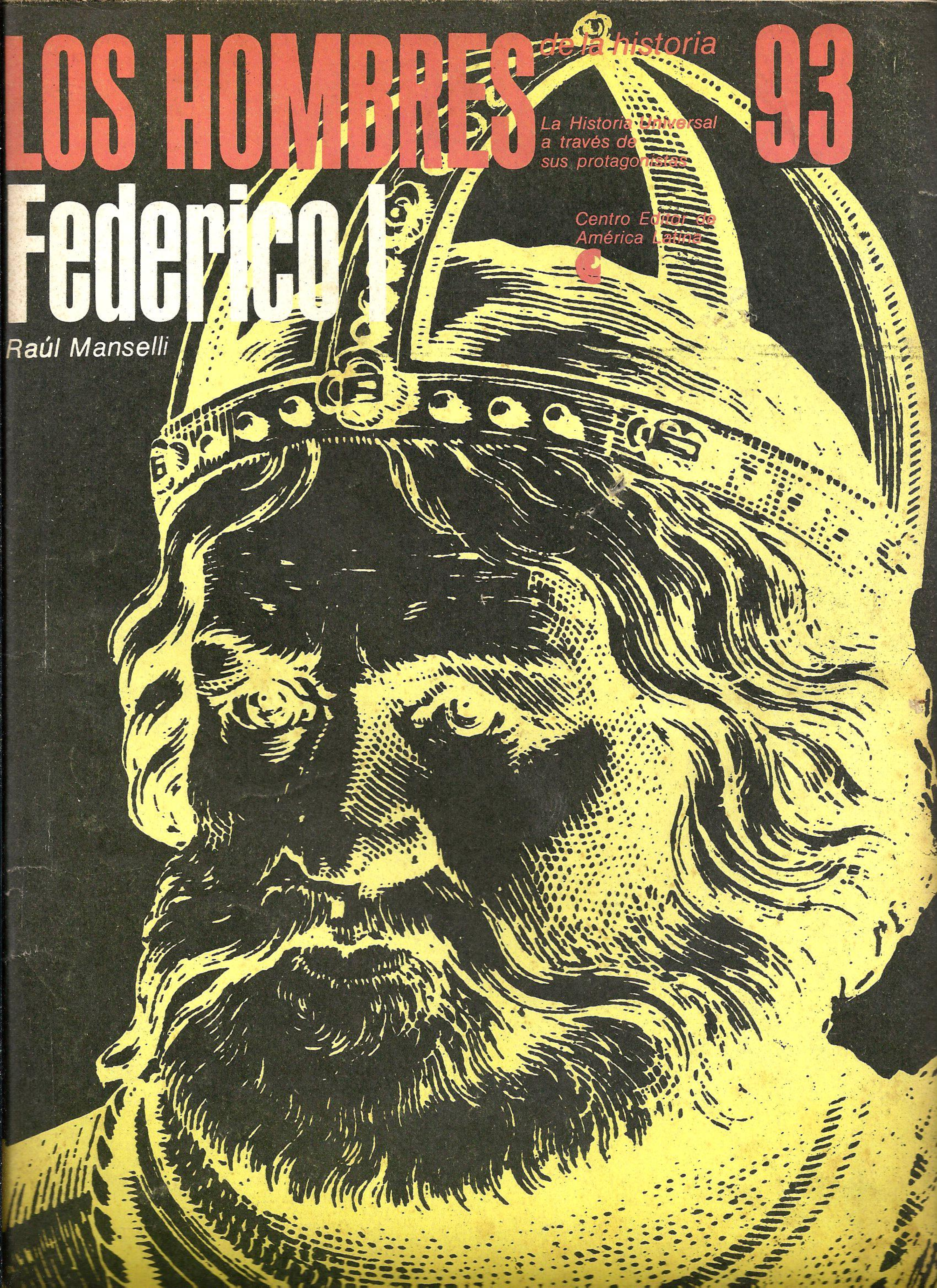


LOS HOMBRES de la historia
93
La Historia Universal a través de sus protagonistas
Federico I
Raúl Manselli
Centro Editor de América Latina

LOS HOMBRES de la historia 93

"Muy belicoso, lento en la ira, audaz e intrépido, rápido, elocuente, liberal, no pródigo, sagaz y previsor en sus juicios, agudo, rico en sabiduría; afable y benigno para con los amigos y los buenos, para con los malvados terrible y casi inexorable; cultor de la justicia, amante de las leyes, temeroso de Dios; muy afortunado, amado por casi todos.

En él la naturaleza sólo había errado al hacerlo mortal y no se lo podía comparar con ningunos de los antiguos emperadores".

Este juicio admirativo de un contemporáneo de Federico I refleja el sentimiento que despertara durante todo el resto del medioevo y en la edad moderna. Este poderoso soberano que llevara gloriosamente el águila imperial de Germania e Italia, consiguiendo que se respetara y temiera por doquier al Sagrado Imperio Romanogermánico, desapareció al fin, en una aureola de martirio y santidad en el lejano oriente hacia donde había marchado a liberar el sepulcro de Cristo conquistado por los musulamnes de Saladino.

Hoy, los juicios no son unánimes; pero de la lucha interminable y a menudo monótona de especialistas, del entrelazarse de las fuentes contemporáneas, de los sentimientos contrastantes que suscitara Barbarroja, emerge inconfundible su figura, signo de contradicción, pero también y por eso mismo, hombre de estatura y de empeño superior, que supo despertar en torno a sí, indudablemente un movimiento de viva simpatía entre los colaboradores numerosos y capaces que logró hallar y de los que supo servirse como pocos en la conducción del imperio. Emerge por su voluntad política clara, aunque sus fines puedan ser elementales, decidida y rápida en sus medios; por su plena conciencia del valor de su poder y por su deseo de afirmarlc en el aspecto concretamente jurídico como en los significados espirituales y religiosos.

En la galería de los hombres del siglo XII, soporta hasta la comparación con San Bernardo, elevándose muy por encima de todos sus competidores, quienes pudieron vencerlo en batallas o en habilidad política, pero que en realidad no lo superaron en grandeza humana.

Nació entre los años 1122 y 1126 murió en 1190.

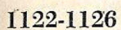
93. **Federico I · Cristianismo y Edad Media.**
Este es el séptimo fascículo del tomo **Cristianismo y Edad Media.**

Ilustraciones del fascículo N° 93:
Alinari, Florencia: p. 179 (1).
Anderson: p. 175 (1).
F. Arborio Mella, Milán: p. 191; p. 192 (2).
Archivio di Stato, Siena: p. 172 (2).
Biblioteca Apostólica Vaticana, Ciudad del Vaticano: p. 170 (1).
Burgerbibliotek, Berna: p. 168 (1); p. 175 (1).
Landesbibliothek, Fulda: p. 179 (1).
P. Malvisi: p. 175 (1, 2); p. 187 (2); p. 191 (1); p. 195 (1, 2).
L. Perugi: p. 195 (2).
Societá Scala, Florencia: p. 186 (1).

Centro Editor de América Latina S. A
Junín 981 - Buenos Aires
Hecho el depósito de ley
Impreso en la Argentina
Se terminó de imprimir en los talleres gráficos de Sebastián de Amorrortu e Hijos S. A., Luca 2223, Buenos Aires, en junio de 1977.
Distribuidores en la República Argentina
Capital: Mateo Cancellaro e Hijo, Echeverría 2469, 5º C, Capital.
Interior: Ryela S.A.I.C.I.F. y A., Bartolomé Mitre 853, 5º, Capital.

Federico I

Raúl Manseli



1122-1126
Entre estos años se ubica el nacimiento de Federico, quien no había cumplido treinta años aún en el momento de su elección como emperador del Santo Imperio Romano-germánico.

1152
4 de marzo. Federico es elegido rey de los romanos.

1153
4 de marzo. Dieta de Constanza.

1154
Octubre. Federico va por primera vez a Italia. 30 de noviembre. Primera dieta de Roncaglia.

1155
Saqueo de Asti (1º de febrero) y destrucción de Tortona (18 de abril). 18 de junio. Coronación imperial de Federico. Rebelión de los romanos. 27 de julio. Destrucción de Spoleto. Setiembre. Federico vuelve a Alemania.

1156
Setiembre. Dieta de Ratisbona: Reinaldo de Dassel es canciller; constitución del ducado de Austria, concedido a Enrique de Babenberg (Jasomirgott). El ducado de Baviera es asignado a Enrique el León.

1157
Octubre. Dieta de Besançon: desacuerdo con los delegados papales, preparación de la expedición contra Milán.

1158
Julio. Federico va por *segunda* vez a Italia. 7-8 de setiembre. Rendición de Milán. 11 de noviembre. Segunda dieta de Roncaglia.

1159
16 de abril. Por desobediencia a los pactos, Federico declara a Milán contumaz y rebelde. 1º de setiembre. Muerte del papa Adriano IV. 4 de setiembre. Elección de Alejandro III y del antipapa Víctor IV.

1160
27 de enero. Destrucción de Crema. 5 de febrero. Conciliábulo de Pavía.

1162
Marzo. Rendición de Milán. 1º de abril. Destrucción de Milán. Agosto. Federico se traslada al reino de Borgoña. Tratativas entre Federico y Luis VII de Francia. Octubre. Federico está en Alemania.

1163
Octubre. Federico va por *tercera* vez a Italia.

1164
Abril. Se forma la Liga Veronesa contra Federico. 20 de abril. Muere Víctor IV; Pascual III es elegido. Octubre. Federico vuelve a Alemania.

1165
23 de mayo. Dieta de Würzburg. 23 de noviembre. Alejandro III vuelve a Italia.

1166
Octubre. Federico va por *cuarta* vez a Italia.

1167
8 de marzo. Bérgamo, Brescia, Cremona y Mantua constituyen una Liga. Marzo. Milán es invitada a formar parte de la misma. 27 de abril. La Liga comienza la reconstrucción de Milán. Mayo. Federico está en Ancona, luego en Roma. Julio-agosto. Epidemia en el ejército imperial. 14 de agosto. Muerte de Reinaldo de Dassel. 21 de setiembre. Federico denuncia la política de las ciudades lombardas de la Liga. Setiembre-noviembre. Tentativas vanas contra Milán. 1º de diciembre. Se unen la Liga Veronesa y la Liga Lombarda.

1168
Federico vuelve a Alemania: 9 de marzo. Primavera. Fundación de Alessandria. 20 de setiembre. Muerte de Pascual III. Elección de Calixto III.

1169
24 de junio. Dieta de Bamberg: elección de Enrique, hijo del Emperador, como rey de los romanos. 15 de agosto. Consagración de Aquisgrán.

1170
Negociados de Veroli. 29 de diciembre. Asesinato de Tomás Beckett.

1174
Setiembre. Federico va por *quinta* vez a Italia.

1175
Invierno. Asedio de Alessandria. 16 de abril. Acuerdos de Montebello.

1176
Enero. Federico pide, en vano, ayuda a Enrique el León en el coloquio de Chiavenna. 29 de mayo. Batalla de Legnano. 21 de octubre. Comienzo de las tratativas con Alejandro III en Anagni.

1177
23 de marzo. El papa está en Venecia. 23 de julio. Federico se reconcilia con Alejandro III. Tregua con las Comunas y con el rey de Sicilia.

1178
30 de julio. Federico se hace coronar en Arlés. 11 de noviembre. Dieta de Espira.

1179
Enero. Dieta de Worms contra Enrique el León. 24 de junio. Dieta de Magdeburgo contra Enrique. Agosto. Dieta de Kayn, también contra Enrique.

1180
Enero. Dieta de Würzburg, siempre contra Enrique. Abril. Repartición de los bienes feudales y hereditarios de Enrique el León. Junio. Operaciones militares contra Enrique el León y su definitiva derrota.

1181
Noviembre. Indultado, Enrique es obligado al exilio.

1183
14 de marzo. El Emperador reconoce a la ciudad de Alessandria.

1184
20 de mayo. Federico, duque de Suabia y Enrique, rey de los romanos, son armados caballeros en la dieta de Maguncia. 25 de junio. Paz de Constanza. Comienzos de octubre. Federico se traslada a Italia, a la convención de Verona. 29 de octubre. En Ausburgo, anuncio del compromiso matrimonial de Enrique, rey de los romanos, con Costanza de Altavilla.

1185
11 de febrero. Acuerdo con Milán.

1186
27 de enero. Bodas de Enrique VI. Fines de noviembre. Federico, en desacuerdo con Urbano III, reúne a la Iglesia alemana en Gelnhausen.

1187
21 de octubre. Jerusalén cae en manos de Saladino.

1188
Marzo. Dieta de Maguncia, denominada *curia Jesu Christi.* Federico toma la cruz.

1189
Mayo. Partida del ejército cruzado.

1190
21 de marzo. Pasaje de los Dardanelos. 10 de junio. Muerte de Federico, mientras nada en el río Salef.





2

El juicio de la historia

"El emperador nació de nobilísima estirpe; era de altura media, de bella estructura corporal, de miembros derechos y bien proporcionados, de rostro blanco rosado, de cabellos casi rubios y crespos, de expresión alegre al punto que siempre parecía desear sonreír; de dientes blancos, manos bellísimas, boca agradable; muy belicoso, lento en la ira, audaz e intrépido, rápido, elocuente, liberal, no pródigo, sagaz y previsor en sus juicios, agudo, rico en sabiduría; afable y benigno para con los amigos y los buenos, pero con los malvados, terrible y casi inexorable; cultor de la justicia, amante de las leyes, temeroso de Dios; muy afortunado, amado por casi todos. En él la naturaleza sólo había errado al hacerlo mortal, y no se lo podía comparar con ninguno de los antiguos emperadores."

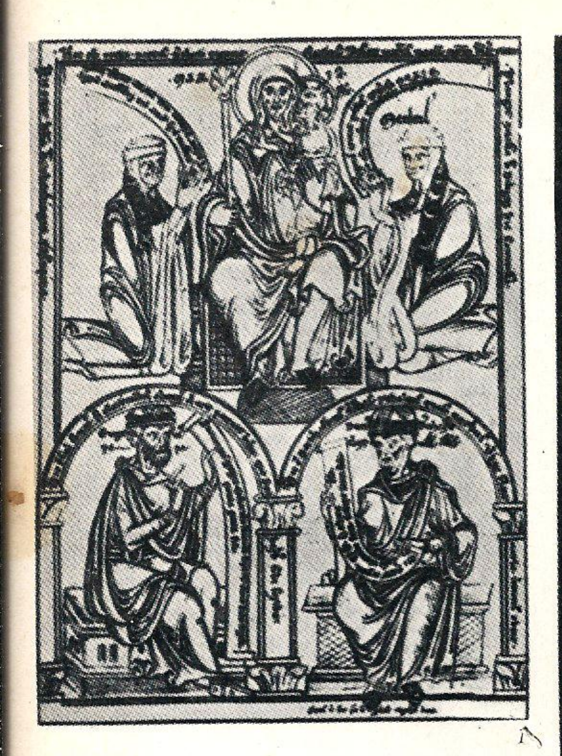
Con estas palabras un hombre de Lodi, Acerbo Morena, que estuvo junto a él durante muchos años, sirviéndolo fielmente hasta la muerte, nos presenta a Federico Barbarroja; y la admiración que advertimos en su juicio debe considerarse espontánea, sincera y tanto más significativa porque no es la expresión de un sentimiento cortesano sino, antes bien, la indicación de un estado de ánimo largamente compartido e íntimamente vivido.

Tanta admiración no conoció vacilaciones durante todo el resto del medioevo y de la edad moderna; en especial los historiadores alemanes exaltaron, en la época romántica, al poderoso soberano que llevó gloriosamente el águila imperial de Germania e Italia, consiguiendo que se respetara y temiera por doquier al Sagrado Imperio Romanogermánico, desapareciendo, al fin, en una aureola de martirio y de santidad, en el lejano Oriente adonde había marchado. Actuando, además, en perfecta coherencia con sus altísimos deberes de soberano ubicado por encima de todos los poderosos de la tierra, al marchar a liberar el sepulcro de Cristo, conquistado por los musulmanes de Saladino.

Pero en el siglo XIX, sin embargo, mientras recibía la atención de los más grandes historiadores y los estudiosos más apasionados, comenzaron las limitaciones y las reducciones de su figura. Las iniciaron los historiadores italianos de la época del Resurgimiento, al poner de relieve la heroica resistencia de las Comunas y de la Liga Lombarda contra la autoridad imperial, que de aquella grandísima lucha saldría disminuida y, más aún, puesta en discusión. Se deseó, entonces, hacer resaltar en Barbarroja su dureza llevada al límite de la ferocidad y su despreciativa altivez incapaz de comprender las exigencias y la vitalidad de los nuevos organismos políticos en formación. En el espíritu del siglo la lucha entre las Comunas y el Imperio se fue perfilando como lucha entre libertad y autoritarismo, o como rebelión del pueblo ita-

1. *Federico I Barbarroja. Miniatura de un manuscrito de la* Historia de la primera cruzada, *de Robert de Saint-Rémy. 1188-98. Biblioteca Apostólica Vaticana, doc. Vat. Lat. 2001, f. 1.*

2. La muerte de Caín, *de Wiligelmo. Siglo XII. Módena, Domo.*



1. *El Papa Eugenio III y San Bernardo.*

2. *Un diploma de Federico I de 1158. Siena, Archivo de Estado.* Diplom Riformagioni.

3. *El castillo imperial de Barbarroja en Gelnhausen.*



2



3

liano contra los opresores extranjeros. Muy a menudo —y las *Fantasías* de Berchet son el ejemplo más bello— a los germanos de Barbarroja se los identificaba con los odiados austríacos de Radetzsky.

Si bien este planteo historiográfico carece de vigencia en la actualidad, en Alemania es siempre actual y vivaz la discusión acerca de la política imperial italiana, es decir, sobre el valor que se debe atribuir a la acción de los emperadores alemanes medievales cuando se trasladaban periódicamente a Italia, sostenían luchas y discusiones para afirmar su poder, y permanecían meses y años para realizar sus planes políticos.

Desde la época de Birmarck en adelante, con una regularidad de retorno que no carece de significado y de importancia histórica, no faltan estudiosos que reprochan a los emperadores del medioevo, y en especial a Barbarroja, el haber desperdiciado hombres y medios en el dominio de un país hostil, abandonado a Alemania para perseguir las vanas quimeras del poder imperial, en realidad un nombre privado de todo contenido político. Con ello, descuidaban los problemas concretos y verdaderos de la patria germana, en donde los feudatarios grandes y pequeños se tornaban más poderosos y autónomos cada vez, al punto de constituirse en obstáculos insuperables para el mismo poder soberano. Contra juicio tan severo, no bastó con hacer notar cuánto provecho, no sólo moral sino también concretamente económico, se obtenía de las expediciones italianas, y ello es especialmente cierto en el caso de Barbarroja. Tampoco contribuyó, desde el punto de vista de un método más riguroso, recordar que no es justo juzgar a los personajes históricos con un metro tomado del juicio de la posteridad.

Así se ha pasado, entre los historiadores más cercanos a nosotros, de fervorosas exaltaciones de Barbarroja a condenas no menos firmes y concretas. Es, por turno, notable hombre de estado, de largas luchas tenaces pero al fin victoriosas, o bien el ingenuo e inepto político, que no comprende la necesidad de ocuparse de su patria y que en cambio se empeña en una guerra contra las Comunas, difícil y sin cuartel, de la que emerge con la ilusión de la victoria para luego terminar su vida en otra empresa sin provecho y sin valor, en una cruzada.

Sin embargo, de esta interminable y con frecuencia monótona lucha de especialistas, del entrelazarse de las fuentes contemporáneas, de los sentimientos contrastantes que suscitara Barbarroja, emerge inconfundible su figura, el emperador de la barba leonada, signo de contradicción, pero también y por eso mismo, hombre de estatura y de empeño superior, que supo despertar en torno a sí, indudablemente, un movimiento de viva simpatía entre los colaboradores numerosos y capaces que logró hallar y de los que supo servirse como pocos en la conducción del imperio. Emerge por su voluntad política, clara, aun elemental en sus fines, decidida y rápida en sus medios, por su plena conciencia del valor de su poder y por su deseo de afirmarlo en el aspecto concretamente jurídico como en los significados espirituales y religiosos. En la galería de los hombres del siglo XII, soporta hasta la comparación con San Bernardo elevándose muy por encima de todos sus competidores, quienes pudieron vencerlo en batallas o en habilidad política, pero que en realidad no lo superaron en grandeza humana.

La elección y sus problemas: feudalismo alemán y papado

Ya su elección, el 4 de marzo de 1152, a la muerte de Conrado III, se había producido en la esperanza de poner fin a las largas y dolorosas luchas entre las dos grandes casas alemanas de Baviera y de Suabia, los muy conocidos güelfos y gibelinos. Había sido excluido de la sucesión el hijo de Conrado, Federico, aún niño, y se había preferido hacer converger los votos en el más maduro y enérgico Federico de Hohenstaufen, también porque era hijo del duque de Suabia, otro Federico, y tenía por madre a una princesa de la casa güelfa, Judith, hermana del duque Güelfo VI y de Enrique el Soberbio, padre a su vez de Enrique el León, el más grande feudatario de Alemania y primo, entonces, de Barbarroja.

Las esperanzas eran muchas y Federico no deseó traicionarlas: se dispuso, por lo tanto, a reorganizar Alemania, lo que debía signar la premisa de todo paso político posterior, y a reordenar las relaciones con la Iglesia, lo que era necesario e inevitable para poder afrontar luego la cuestión italiana. Federico había sido designado por la dieta feudal al imperio con el título de rey de los romanos y debía entonces ir a Roma para recibir del pontífice la coronación.

Así, mientras en una dieta de Würzburg todos los feudatarios alemanes se declaraban de acuerdo en apoyar al soberano en su expedición a Italia, en la primavera de 1152 Barbarroja trataba de imponer, mediante una ley, el orden en toda Alemania, prohibiendo las guerras privadas entre señores, afirmando con una serie de normas dirigidas a establecer el orden y la paz su autoridad de soberano y, por lo tanto, de único y necesario administrador de una justicia superior a toda jurisdicción particular. Desde estos años comenzó también a confiar los territorios de su dominio directo, o aquellos de los que más tarde tomó posesión, no más a señores feudales sino a sus funcionarios, los denominados *ministeriales*, los que se convertían así en ejecutores directos de su voluntad, en obediencia perfecta, a la que también correspondía una fidelidad absoluta, sin ninguna oposición posible. Mucho más complejos eran los problemas derivados de las relaciones con la Iglesia. Era por entonces pontífice Eugenio III, monje cisterciense y digna figura de hombre de Iglesia; pero con frecuencia se podía vislumbrar a sus espaldas al más grande, activo y enérgico Bernardo de Clairvaux, su maestro y amigo, quien no se había contentado con dirigirle el agresivo *De consideratione*, dedicado al examen de los deberes del pontífice, sino que en numerosas oportunidades había intervenido en modo señalado para afirmar directivas e imponer decisiones.

Contra el papado, justamente, Federico había realizado actos que parecían minar aquella *libertad eclesiástica* que había sido y que era la aspiración suprema de la Iglesia. En Utrecht, restituyó a sus funciones al obispo Herman, que había sido expulsado, castigó severamente a la ciudad condenándola a una pena pecuniaria sin siquiera informar del hecho a la Curia romana; más grave aún fue su intervención en Magdeburgo, donde a la muerte del arzobispo, al no llegarse a un acuerdo acerca de un único candidato, se habían presentado dos al papa y se esperaba su decisión. Federico, en cambio, sin esperar más, había vuelto a convocar a los electores, consiguiendo que en esa oportunidad los votos recayeran en un seguro amigo suyo, el obispo de Naumburg, Wichmann; luego, sin tener en cuenta las protestas por este procedimiento, tan expeditivo, y sin esperar el consenso del papa, entonces indispensable en el caso de transferencia de una diócesis a otra, procedió a investir a Wichmann de su arzobispado, invocando los derechos que se le reconocían al emperador, si bien limitados a Alemania, por el concordato de Worms.

En realidad, se trataba de un abierto desafío al papa, que en vano intentó obtener la revocación de estas decisiones por intermedio de Wibaldo de Stavelot, quien desde hacía años mediaba en Alemania entre los papas y los emperadores. Su intervención ante el episcopado alemán surtió el efecto opuesto: muchos obispos intervinieron ante Eugenio III para que, con su buena voluntad, evitara el nuevo y grave conflicto que ya se perfilaba y para que aprobara, entonces, cuanto ya había hecho Wichmann. Hubo, también, cambios de ideas entre las dos partes, que habían llegado a actitudes más amistosas si se considera que, un año después de la elección de Federico, se concluyó en Constanza en marzo de 1153 un tratado que parecía abrir, luego de un comienzo en apariencia tempestuoso, una época de colaboración estrecha y cordial.

Este tratado colocaba a los contrayentes en un plano de igualdad en lo que concernía a las obligaciones recíprocas, si bien reconocía la altísima función sacerdotal del pontífice; el emperador se comprometía a someter a los romanos rebeldes a Eugenio III y a devolver a la Iglesia las mejores condiciones de los últimos cien años. Además, prometía solemnemente no concluir, sin la aprobación del papa, un acuerdo con los normandos y con los mismos romanos,

y no hacer eventuales concesiones territoriales al "rey de los griegos", es decir, a Manuel Comneno, entonces emperador de Bizancio. El papa, a su vez, asegurándole a Federico la coronación imperial cuando fuera a Italia, convenía con éste en darle al imperio todo el apoyo del poder eclesiástico y en no hacer concesiones al ya mencionado *rex Grecorum*. Naturalmente, al mantener el papa su propia libertad de acción en cuanto al reino normando de Sicilia, del que era el alto señor feudal desde los tiempos de Robert Guiscard, se veía notablemente favorecido por este acuerdo, que le quitaba al duro y difícil Ruggero II, ya anciano pero siempre hábil, toda posibilidad de apoyo por parte del emperador. Que el papa respetara el acuerdo de Constanza lo prueba la serie de decisiones, todas conformes a la voluntad de Federico, que tomaron los delegados papales: fue disuelto, por el habitual motivo de consanguineidad, el vínculo matrimonial que lo unía a Adelaide de Vohburg, que no le había dado herederos; fueron destituidos diversos obispos alemanes, entre ellos el poderoso Enrique, arzobispo de Maguncia, muy hostil al emperador; en su reemplazo fueron nombradas personas de probada fidelidad. Quedaba en suspenso la cuestión del arzobispado de Magdeburgo, dado que Eugenio III, al considerarla una cuestión de principio, permaneció inamovible. Pero pocos meses después, el 8 de julio de 1153, moría el papa, y el 29 de agosto de ese año también moría San Bernardo. Anastasio IV, nuevo pontífice, en la línea de una política más conciliatoria dio su asentimiento a la elección de Wichmann, quien se había trasladado a Roma para solicitarla. En realidad, era el triunfo de Federico, cuya personalidad adquiría más brillo y relieve en Europa cuando el 26 de febrero de 1154 moría el poderoso rey de Sicilia, Ruggero II.

En tanto, luego de extensas y nada fáciles tratativas, Barbarroja había logrado también aplacar la agitación que se había producido luego de un serie de decisiones que él tomara para manifestar su gratitud a aquellos duques que más lo habían apoyado en el acto de la elección.

Si bien el título regio concedido al duque de Bohemia, Ladislao II, había producido entre sus pares cierto descontento, ya que el mismo los tornaba a éstos inferiores a él, el tiempo lo iba disipando; en cambio no era fácil resolver el conflicto mucho más grave entre Enrique el León, duque de Sajonia y primo del mismo Federico, a quien se le había prometido Baviera, y el duque de Baviera, Enrique de Babenberg, conocido también como "Jasomirgott" (¡así Dios me ayude!), tío a su vez de Barbarroja. Enrique de Babenberg fue convocado entonces a una dieta feudal en Würzburg primero y luego en Goslar. Como no se presentara, Baviera fue asignada a Enrique el León, quien exigió que se le reconociera el derecho de investidura para los tres obispados de Oldenburg, Mecklemburg, Ratzenburg y para todos los que fundara en aquellos territorios que lograra arrancar a los paganos que habitaban más allá del Elba, echando así las bases para la expansión alemana hacia el este. Satisfecho su deseo, Enrique se comprometió también a acompañar, con su ejército, a Federico a Italia.

Federico en Lombardía . . .

En la dieta de Constanza, Barbarroja había podido comprobar cuán compleja e intrincada era la cuestión italiana. Mucho lo habían impresionado las noticias que desde varias partes le habían llegado; todas, como parecía, coincidían en indicar a Milán, rica y fuerte, como motivo de todo desorden. En efecto, la necesidad de mantener libres o por lo menos abiertas sus vías de comercio la llevaban a una serie de actos que sólo podían ser considerados abusos y violencias, y no solamente por aquellos que los sufrían. Eran expediciones militares con fines intimidatorios contra Cremona, que controlaba el Po, contra Como, que sobre el lago y desde el lago dominaba los caminos que llevaban hacia Grigioni y Rezia hasta Zurich, contra Pavía y Novara que constituían un obstáculo para los tráficos hacia la parte meridional y occidental de la llanura paduana. A la ciudad de Lodi, más cercana y más débil, le habían prohibido que tuviera un mercado.

En la dieta de Constanza justamente dos habitantes de Lodi —uno de ellos conocía bien el alemán— habían expresado, en modo pintoresco, entre un grupo de habitantes de Novara, Pavía y Cremona, su deseo de justicia. Se habían presentado en actitud suplicante, portando cruces en sus manos, y habían expuesto las razones de sus ciudades contra la prepotente Milán. El emperador, evidentemente ya informado de la situación, decidió intervenir en modo enérgico: hace extender de inmediato un privilegio por el cual confirma a Lodi su derecho de mercado, ordenándole a un mensajero suyo que notifique a la Comuna de Milán.

Resulta muy significativo de la consideración preocupada que merecía la gran ciudad lombarda la reacción con que los habitantes de Lodi recibieron la noticia de la decisión imperial.

Cuando los dos conciudadanos, vueltos a su tierra, refirieron su iniciativa y los resultados obtenidos, la consternación fue general: "Todos callaban; mirándose los unos a los otros estuvieron algún rato sin decir palabra debido a la gran tristeza y sobre todo por el temor a los milaneses". Y si las consecuencias no fueron realmente graves para Lodi como se temía, ello se debió a que muy pronto se supo del viaje a Italia del emperador.

Éste fue recibido con general beneplácito; se lo vio en la primera dieta de Roncaglia (localidad junto al Po en las cercanías de Piacenza) que tuvo lugar en los primeros días de diciembre de 1154. Todas las disposiciones que se tomaron entonces tendían a humillar y mortificar a Milán, tanto más porque los milaneses, al acoger a Federico y al acompañarlo por su territorio de ninguna manera habían disimulado sus recelos en cuanto al soberano, a sus duques, a sus funcionarios y a su ejército, aun cuando habían tratado, en vano, de conciliarse con él mediante una oferta en dinero de más de cuatro mil libras de plata, una cifra por entonces exorbitante.

En realidad, la situación objetiva —la mayor parte de Lombardía estaba contra Milán—, la efectiva exigencia de justicia —la prepotencia de Milán era indudable—, la conveniencia financiera —Cremona, por ejemplo, ofrecía una fuerte suma de dinero para abatir los muros de Tortona, aliada de Milán—, todo, en fin, coincidía contra Milán. Como no podía atacar Federico una Comuna tan fuerte dadas sus fuerzas relativamente escasas y la necesidad de proseguir con alguna urgencia su viaje a Roma, decidió adoptar una política intimidatoria que consistía en atacar con firme y calculada dureza a aquellas ciudades que hubieran dado motivo de castigo. Así, atendiendo el pedido del marqués Guillermo del Monferrato, a quien habían negado obediencia Chieri y Asti, destruye de la primera las torres y el castillo, mientras saquea a la segunda. Luego, sabiéndola aliada de los milaneses contra Pavía, rodea en febrero de 1155 a Tortona, a la que luego de un difícil asedio, asalta y destruye. Pero un griego, que allí fuera hecho prisionero, parece atestiguar que las ciudades más preocupadas por la inminente llegada del emperador ya habían intentado acuerdos con el imperio bizantino, preludio de aquellas más vastas alianzas y de aquel alcance europeo que muy pronto tomaron las vicisitudes de Barbarroja, convertido así en punto central de un cuadro político al mismo tiempo mediterráneo por el sur y continental por el norte.

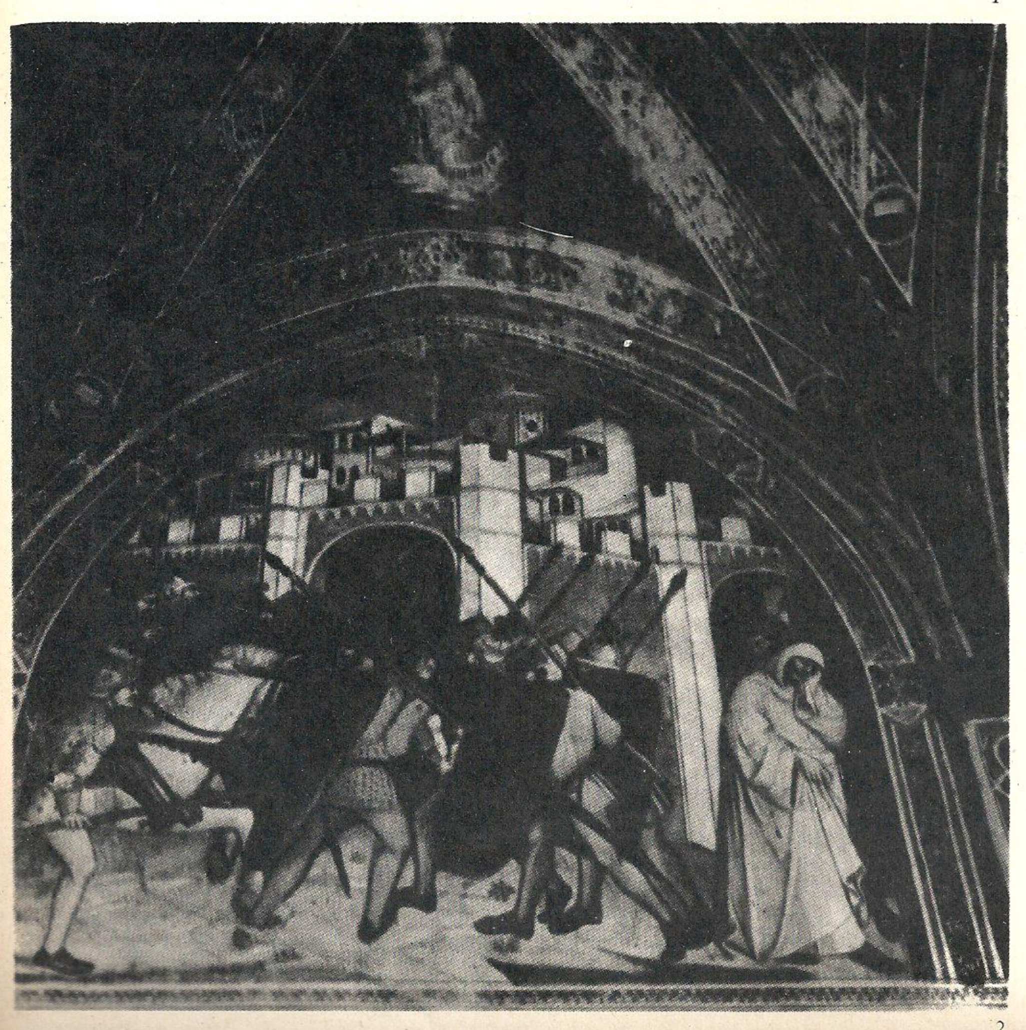
Por otra parte Federico, ya antes de su ida a Italia, había comprendido muy bien la importancia mediterránea, con la necesidad de plantearse el problema del imperio bizantino. No por azar había enviado a Bizancio como negociador a uno de los más cultos y vivaces prelados alemanes, aquel Anselmo de Haselberg que unía a una profunda preparación teológica cualidades diplomáticas de primer orden.

A su retorno, lo había hecho elegir arzobispo de Rávena, la ciudad italiana más rica en recuerdos bizantinos, que permitía vigilar discretamente el Adriático, desde Venecia y Ancona hasta el reino normando, no calmado aún luego de las turbulencias que se produjeran por la sucesión de Guillermo I.

De Tortona a Pavía, donde fue coronado rey de Italia, a Bolonia, a Pisa, a Viterbo, el viaje no tuvo más obstáculos. Roma ya estaba cerca.



1



2

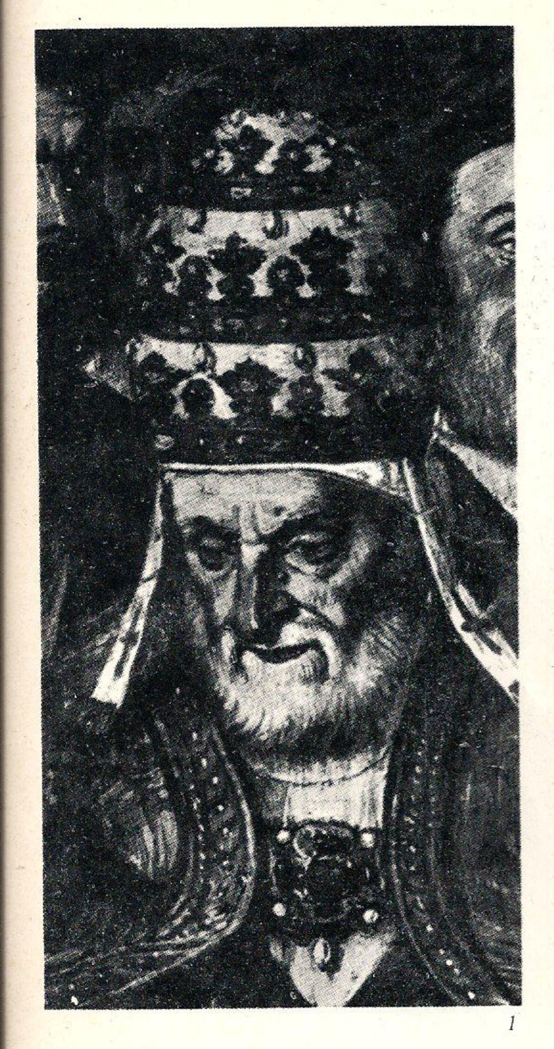
1. Coronación del Papa Alejandro III. Fresco de Spinello Aretino. Siena, Palacio Público

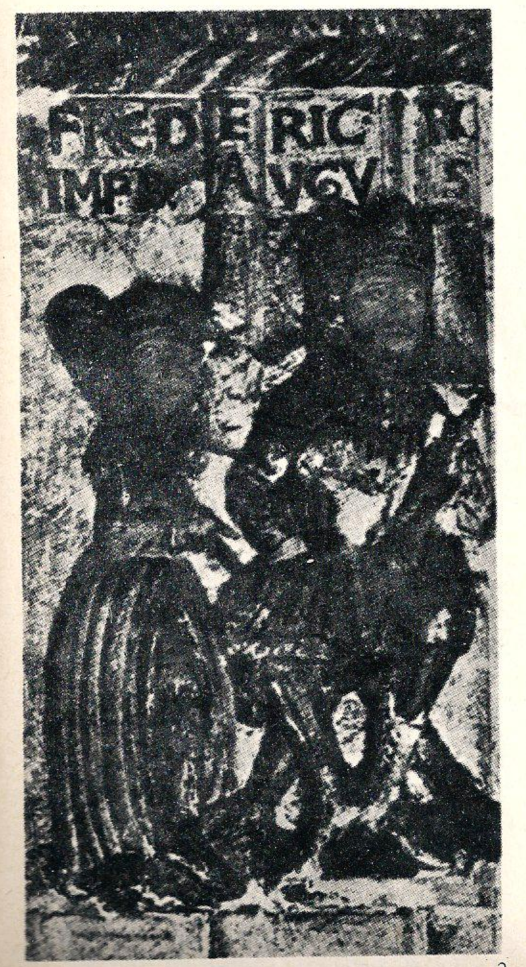
Ocupación de Roma por parte del ejército de Barbarroja. Fresco de Spinello Aretino. Siena, Palacio Público

En la página siguiente:

1. Alejandro III. Detalle de la Reconciliación de Alejandro III con Barbarroja, *de Francisco Salviati. Ciudad del Vaticano, Palacios Vaticanos*

2. Federico Barbarroja y el obispo Adalberto. Escultura del portal del Domo de Frisinga.


1



2

. . . y en Roma

La ciudad vivía entonces uno de sus momentos más dramáticos y más grandes: el de su experiencia comunal. Desde 1144, en efecto, con la denominada *renovatio senatus*, la ciudad, eliminada toda ingerencia pontificia, había creado un régimen autónomo, que tenía su organismo de gobierno en el Senado, un colegio de ciudadanos elegidos por el pueblo, al que se unía el *patricius* como jefe de la organización militar. Este profundo cambio político fue acompañado por un verdadero movimiento político, del cual es difícil indicar con exactitud las ideas y el peso efectivo, pero del que conocemos sin ninguna duda al inspirador y cabecilla, Arnaldo de Brescia. Canónigo y preboste, tal vez de San Pedro cerca de Brescia, obligado a huir de su ciudad por haber promovido movimientos burgueses contra la potencia mundana de los obispos y del clero, en París no había dudado en unirse a su maestro Abelardo contra el poderosísimo Bernardo de Clairvaux. Perseguido por éste con despiadada saña, en Zurich había hallado comprensión y justicia en el cardenal Jacinto de Santa María en Cosmedín, quien lo había reconciliado con el papa, enviándolo luego a Roma para que pasara un período de penitencia. Pero en Roma halló una posición espiritual que lo dominó, arrastrándolo nuevamente a la predicación contra el clero mundano, rico y poderoso. Algunos habían esperado, en el momento de la elección de Barbarroja, que éste deseara convertirse en el portador de una reforma renovadora contra la Iglesia mundana; esto, justamente desde Roma, había pronosticado en una carta muy clara un misterioso personaje, un alemán, como podemos deducir por su nombre, Wetzel.

Wetzel, los romanos, y luego el mismo Arnaldo, si bien nunca compartió estas esperanzas, se engañaban, no advirtiendo que se trataba de una concepción de Roma y de la romanidad, que el emperador nunca habría podido aceptar. Profundamente convencido de su poder de origen divino —y en esta convicción lo habían confirmado sus juristas boloñeses en Roncaglia— Federico era por lo mismo hostil a la idea de una Roma "ciudad sacrosanta (lo dice justamente Wetzel), señora del mundo, creadora y madre de todos los emperadores", a la que habría debido consultar acerca de su elección solicitándole su confirmación.

Al respecto resulta realmente significativo cuanto nos dice el mismo Federico en una carta a su tío e historiógrafo, Otón de Frisinga: "Los romanos nos mandaron sus mensajeros y pidieron, por su fidelidad y su obediencia, una gran cantidad de dinero y tres juramentos. Pero consultados el papa y los cardenales, porque no deseamos comprar el imperio y no debíamos prestar juramento a un populacho, guiada por el cardenal Octaviano (es el futuro antipapa Víctor IV), la gran parte de nuestras tropas entró de noche en la ciudad por una pequeña puerta cercana a San Pedro y ocupó, así, el monasterio de San Pedro."

Es decir que a los requerimientos de los romanos respondió con la fuerza; en efecto, ya había superado con astutas negociaciones las perplejidades de Adriano IV, un inglés que poseía vasta experiencia diplomática por haber sido delegado papal, en especial en los países de Europa septentrional recientemente conquistados por el cristianismo. Del acuerdo era víctima Arnaldo de Brescia, capturado en fuga, según parece, por personas a las órdenes del emperador, entregado a las manos de la Iglesia y muerto en modo nada claro; de ello se indignó un espíritu noble, como Geroh de Reichersberg, teólogo y escritor insigne, quien afirmara con vigor que la Iglesia de Cristo no debía mezclarse en asuntos de sangre. Carece de valor, entonces —como fuera agudamente observado—, la espléndida escena de un poema histórico de la época, que representa a Arnaldo mientras enfrenta valerosamente el martirio en presencia de Barbarroja, quien desea, pero ya no puede, salvarlo, vencido demasiado tarde por la compasión.

En Roma Federico fue coronado emperador el 18 de junio de 1155; la jornada se vio turbada por tumultos, duramente reprimidos, de los romanos; ya podía volver a la patria verdaderamente victorioso, realmente satisfecho de los resultados logrados. Se podía creer, en realidad, que comenzaba una nueva época, como pensó hasta Otón de Frisinga, el historiador que poco antes, al narrar la historia del mundo, no había ocultado la trémula creencia de la inminencia del juicio universal y del fin de los tiempos.

En el retorno, al haberse resistido Spoleto a las órdenes imperiales y haber hecho prisionero a un fiel del emperador, Guido Guerra, uno de los más poderosos feudatarios toscanos, destruyó la ciudad, atravesando luego en rápido viaje Italia septentrional. De Verona, evitando una emboscada en Chiuse, remontaba el valle del Adigio hacia el Brennero y Alemania.

El retorno a Alemania. Reinaldo de Dassel

En la patria, donde la nutridísima dieta de Ratisbona acogió al emperador, decidió antes que todo dar el reconocimiento que merecía aquel que desde la coronación en adelante había estado junto a él, colaborando en la resolución de las más difíciles cuestiones políticas y religiosas y que, además, había logrado darle a su poder de emperador una fuerza y un contenido ideal, el preboste de Hildesheim, Reinaldo de Dassel. En efecto, fue nombrado canciller del imperio. Reinaldo no era un hábil arribista sino un hombre preparado, en todos los aspectos, para su difícil misión; poseía una buena cultura filosófica y teológica, porque había tenido maestros insig-

nes, como lo recuerda un compañero de estudios, Ecberto, prelado de Bonn, luego monje y abate de Schönau en Renania, al dedicarle su obra de confutación de la herejía cátara, que justamente en aquellos años era conocida en Alemania. La dedicatoria no es por cierto casual; amaba la poesía, ya que mantuvo en su séquito a aquel Archipoeta, que es una entre las escasas verdaderas personalidades de poeta del siglo XII.

Además logró resolver en manera definitiva el desacuerdo adormecido pero no resuelto entre Enrique el León y Enrique Jasomirgott. Mientras al primero se le asignaba en forma definitiva Baviera, convirtiéndose así en el más grande señor feudal del reino de Alemania, Jasomirgott tuvo un nuevo ducado, el de Austria, que incluyendo sólo una parte de la Baviera, y justamente aquella que a los Babenberg más importaba por ser el lugar de origen de la propia estirpe, llegaba a los confines del reino de Hungría; a esta concesión territorial se agregaron una serie de privilegios, que reconocía a los Babenberg la sucesión hereditaria aun en línea femenina, la exención de la obligación de intervenir en las dietas, el derecho de alta justicia en el territorio de su ducado. Se menguaban así las tradicionales concepciones de los ducados germanos, considerados como expresión político-territorial de las diversas estirpes que constituían el reino, pero también se creaba al este, allá donde podía llegar la amenaza de Hungría o, directamente, de Bizancio, un principado, solamente territorial, organizado en base a estirpes diversas, que se erigía como poderoso baluarte. El 12 de setiembre de 1156 Federico expedía el diploma que creaba el nuevo ducado; cinco días después, en Ratisbona, durante la dieta Enrique el León y Enrique de Babenberg, al encontrarse amigablemente e intercambiarse, en presencia de Barbarroja, los estandartes que eran signo del poder, ponían fin al disentimiento más grave y más peligroso para el imperio en aquel momento. Un suceso, sin duda importante de por sí, pero que parecía preludiar los más favorables desarrollos, ocurrió en el verano de 1157: el duque de Polonia, Boleslao, reconocía la alta soberanía de Federico, uniendo otro pueblo eslavo al bohemio en el cuadro del imperio y contribuyendo así a subrayar el carácter supernacional.

Otra confirmación de esta universalidad se tuvo en el otoño de aquel mismo año en Besançon, en el reino de Borgoña, otro de los reinos de Barbarroja, donde a la dieta habían acudido justamente los señores feudales de Alemania (y por lo tanto también de Bohemia y de Polonia), de Italia y de Borgoña, para convenir las medidas militares a tomarse contra la inquieta, indomable, Milán.

El desacuerdo con el papado y con Milán

Humillada, pero no vencida, la poderosa ciudad lombarda no se había rendido realmente a las circunstancias adversas sino que, apenas partido el emperador, había intentado tenazmente refirmar su predominio en la llanura paduana. Desafiando toda prohibición, en efecto, había continuado su política adversa a Cremona, a Pavía y en Novara llegó casi al colmo con la conquista del castillo de Vigevano cuando, como nos dice un cronista con disimulado orgullo, los milaneses habrían podido destruir Pavía, pero sintieron compasión por ella. Causaban tanto temor a sus enemigos —narra el mismo cronista— que un día los cremonenses, que habían pasado el Adda, al ver una polvareda que había levantado un rebaño de animales montaraces, al creer que llegaban los milaneses se dieron a la fuga precipitada.

Por únicos aliados tenían a los brescianos y contra éstos debía dirigirse Federico disponiéndose a volver a Italia, con la intención de concluir con una severa política de represión la obra de restablecimiento del orden y de la paz en la llanura paduana, ya precedentemente iniciada. Son por ello significativas las medidas que se tomaron en Besançon, antes de la expedición, para todo el ejército en armas por el mantenimiento de la disciplina y para eliminar las violencias y los abusos, muy fáciles por parte de tropas en marcha. Evidentemente, se deseaban evitar reacciones negativas en las ciudades y en los territorios amigos, porque la fidelidad —esto resultaba indudablemente muy claro a Federico— era segura mientras no se lesionaran algunos intereses fundamentales.

Pero en Besançon surgieron nuevamente los desacuerdos de fondo, que separaban al imperio del papado y que se habían podido acallar hasta entonces, pero que reafloraban poderosamente; tanto más porque los felices resultados que Federico conquistaba por doquier contribuían a confirmarle la alta conciencia de su poder. Bajo el impulso de estas circunstancias favorables, pero también por la presión y la sugestión de Reinaldo de Dassel, Barbarroja creía ser realmente la persona que había sido enviada a la tierra para realizar la justicia y la paz, el verdadero "señor del mundo" como dirá justamente el Archipoeta, "cuyo juego es suave para todos, por lo que si alguno se rebela es obstinado de corazón y de mente malvada. Príncipe de los príncipes de la tierra, oh César Federico, al sonido de su trompeta vacilan las fortalezas enemigas, ante ti humillan su cabeza tigres y hormigas, y con los cedros del Líbano, las matas y los arbustos. Ningún sabio pone en duda que tú por la voluntad de Dios has sido constituido rey sobre los otros reyes y que has dignamente recibido sobre el pueblo de Dios tanto la espada del castigo como el escudo de la defensa. Tú recoges y proteges a los grandes y a los pequeños, a unos y a otros están abiertas sus puertas. Todos, entonces, son deudores de César, que por nuestra paz afronta tantas penurias."

Para Reinaldo, de cuyos ideales el Archipoeta puede considerarse el eco fiel, el emperador era la cima más alta del poder, por lo que toda fuerza hostil a él estaba fuera de la justicia, del orden y de la paz. Sin embargo, la Iglesia había revelado ser una de estas fuerzas justamente en la dieta de Besançon.

A esta dieta habían acudido también los delegados pontificios —uno de ellos era el hábil y agudo sienés Rolando Bandinelli, el futuro Alejandro III— quienes de la protesta por la ofensa hecha a otro enviado del papa, el arzobispo de Lund, que volvía a Escandinavia, se sintieron inducidos a reproponer el problema de las relaciones entre la Iglesia y el Imperio; fue Reinaldo quien hizo precipitar la situación con cálculo deliberado. Al traducir una carta del papa Adriano IV, en sustancia conciliatoria, porque recordaba la coronación imperial y prometía agregar ulteriores beneficios, el hábil canciller dio a la palabra latina *beneficia*, utilizada en sentido genérico por el pontífice, el significado específico y técnico de concesión feudal, como si se hubiera deseado considerar a Barbarroja un vasallo de la Iglesia.

La reacción de los presentes fue violenta: los delegados fueron obligados a volver a Italia sin cumplir con su misión. Se inició entonces un prieto intercambio de mensajes entre Adriano IV y Federico, en los que se trataron de plantear las premisas de un desarrollo más favorable de los negociados; no faltaron las sugerencias, por parte del emperador, de la posibilidad de una Iglesia nacional alemana mientras el papa, a su vez, reafirmó su derecho de poder proceder a la transferencia de la dignidad imperial. Son los primeros, a menudo duros choques de un contraste ideal, que en su traducción en concreta realidad histórica, con el cisma, turbará gran parte del siglo XII. No por este contraste, que luego se compuso, momentáneamente, con una precisa clarificación de los términos, se retardaba la expedición a Italia, que en tanto era precedida por una misión de Reinaldo de Dassel, acompañado por Otón de Wittelsbach. Ellos visitaban una tras otras las ciudades italianas, recibiendo juramentos de fidelidad; reunieron luego a los grandes de Italia septentrional en una dieta en Cremona, donde también se presentaron los arzobispos de Milán y de Rávena. Toda Italia —solo Venecia había preferido mantenerse en una posición de espera— parecía dispuesta a obedecer a Barbarroja, tanto más porque un audaz golpe de mano del séquito de Reinaldo había logrado evitar, con la captura de algunos mensajeros, una alianza del emperador de Bizancio, Manuel Comneno, con Rávena y Ancona, mientras en Roma, en el colegio de los cardenales, el emperador tenía amigos seguros; por otra parte los mismos romanos con su senado

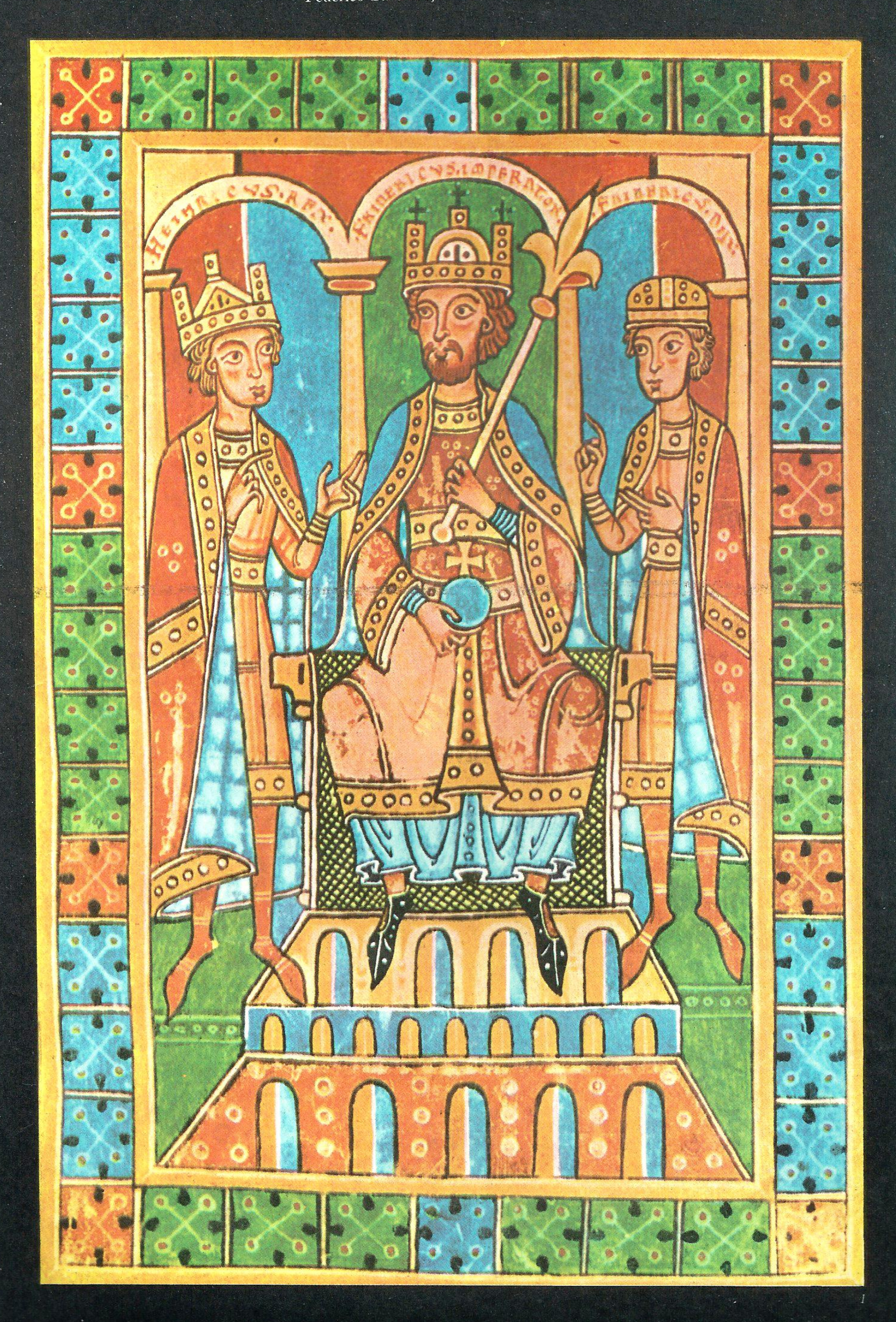
parecían mejor dispuestos que en el momento de la coronación.
Barbarroja, al iniciar su expedición, no había ocultado, como ya mencionáramos, su hostilidad para con Milán y sus aliados: "No nos ha movido —dijo el emperador en un discurso a sus soldados, según el relato de un cronista tal vez demasiado inclinado a complacencias literarias pero muy digno de confianza— el deseo del poder, sino la violencia feroz de la rebelión. Es Milán la que os arrastró de vuestras casas, la que os separó del dulce abrazo de vuestras familias, que os obliga a afrontar todas estas fatigas por su irreverencia y su temeridad."
No se puede dejar de ver en estos vivaces ataques antimilaneses un sagaz cálculo político: en efecto, contra Milán estaban casi todas las ciudades de Lombardía de las que el emperador esperaba obtener armas y dinero. A éstas se agregaban los grandes señores feudales, italianos, el marqués de Monferrato, el marqués de Lunigiana, los condes Guidi, los condes Alberti, ambos de Toscana; hasta el conde de Biandrate, uno de los más grandes señores de la llanura paduana, que en numerosas ocasiones había comandado tropas milanesas y que estaba ligado a Milán por un indudable afecto y por grandes intereses, había asumido una posición de prudente espera, no deseando provocar la ira imperial.
Ésta se volcó, con todo su peso, sobre Brescia, que fue destruida. Luego las tropas imperiales rodearon en asedio a Milán; los germanos notaban asombrados la saña con que las otras ciudades lombardas se batían contra la poderosa rival "no como un pueblo afín, no como adversarios internos; como contra pueblos de otra estirpe se encarnizaban contra su sangre tanto como ni siquiera se debiera hacer contra los bárbaros".
Milán resistió honorablemente por largo tiempo; finalmente, cediendo a consejos de prudencia —se dedicó a ello Guido de Biandarte, quien por su altísima posición y por la estima de que gozaba en Milán así como ante el emperador muy bien podía hacer de intermediario— se rindió.
Federico, muy feliz de ver rendida a su más grande, única enemiga, propuso condiciones ciertamente gravosas y humillantes para el orgullo milanés pero, al fin, aceptables: era necesario construir un palacio imperial en la ciudad, comprometerse a solicitar el consenso del emperador para los cónsules elegidos por los ciudadanos, renunciar a todos los derechos soberanos gozados a cualquier título, como acuñar monedas, erigir castillos, exigir peajes, imponer tasas —eran las denominadas regalías—, y también hacer la paz y establecer acuerdos duraderos con ciudades como Cremona, Pavía, Novara, Como, Lodi, Vercelli, con las que largas habían sido las hostilidades e irreparables los odios.

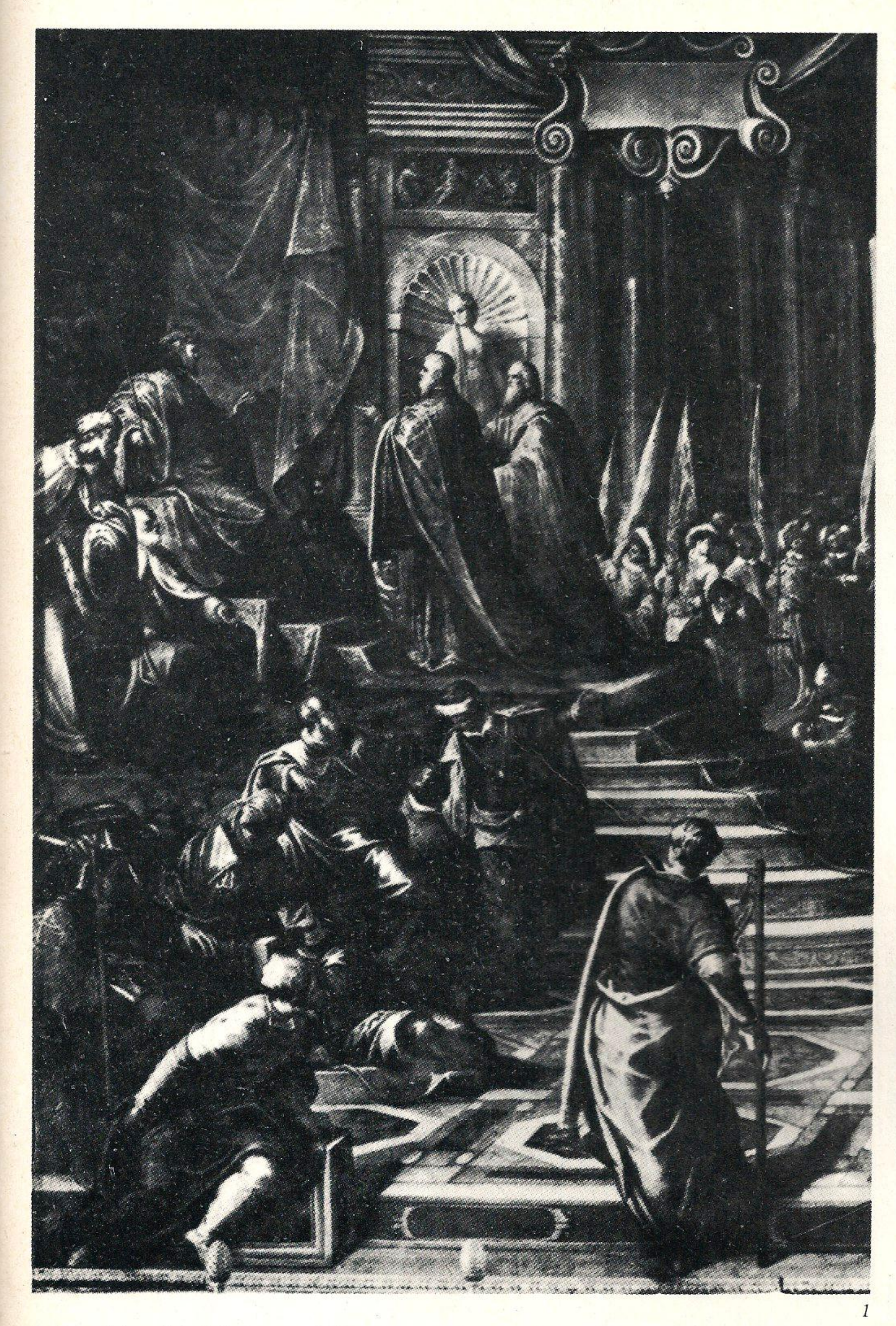
La segunda dieta de Roncaglia

A todas estas decisiones Federico, que poseía un sincero y vivo sentido de la justicia, deseó darles una solemne sanción jurídica; convocó, una vez más, a una dieta en Roncaglia, fijada para el 11 de noviembre de 1158. Con los grandes señores feudales de Alemania y de Italia y con los representantes de las ciudades, intervinieron los cuatro maestros más grandes del *estudio* de Bolonia: Búlgaro, Martino Gósia, Jacobo y Hugone de Porta Ravegnana. Remitiéndose al antiguo derecho romano, tal como había sido reunido por Justiniano en aquel *Corpus Iuris civilis* que justamente los maestros de Bolonia habían representado y adaptado a la nueva realidad política de Europa, ellos afirmaron solemnemente el principio de que "lo que place al soberano tiene vigor de ley".
Luego de esta confirmación del supremo poder imperial, se decidió que todos —señores y ciudades— debían renunciar a aquellas regalías de las que no estuvieran en posesión por concesión precisamente documentada. Mediante esta sola maniobra, refiere un cronista contemporáneo, el emperador se aseguró de golpe un ingreso de 30.000 talentos al año.
No estamos en condiciones de asegurar la exactitud de esta noticia económica; pero la misma nos permite recordar que las expediciones a Italia estaban provocadas no sólo por el deseo de imponer la propia autoridad, sino también por aquel vivo deseo de dinero líquido, que atormentó durante el medioevo aun a las más grandes personalidades y a los estados más poderosos.
Las fuentes, si bien no pueden proporcionarnos datos precisos tales como hoy desearíamos dado nuestro amor por las cifras exactamente calculadas, al hablar de las vicisitudes italianas de Barbarroja coinciden en subrayar su sed de dinero; aceptó dinero de los paveses para autorizarlos a destruir, como ya recordáramos, los muros de Tortona; recibió dinero por las más diversas circunstancias, ya que las acciones militares realizadas por el emperador en su mayor parte eran financiadas por aquellos que las requerían.
No menos importante fue la decisión tomada en Roncaglia en cuanto a enviar a cada ciudad un representante del emperador que tuvo habitualmente el título de *rector*. Fue una de las medidas que provocaron la oposición en mayor grado.
Una tentativa de Piacenza, que intentó resistir a las decisiones imperiales, fue pagada a alto precio: se abatieron los muros y se impuso el pago de una gruesa contribución en dinero.
Aún más graves fueron las vicisitudes milanesas. La ciudad, al dar ocasión de sospechas, fue despojada de Monza y de los condados de Seprio y de Martesana; era la sofocación propiamente dicha de toda expansión.
No debe sorprendernos que a fines de enero de 1159, cuando Reinaldo de Dassel y Otón de Wittelsbach se presentaron por orden del emperador para imponer al *rector* imperial, Milán se haya rebelado en modo tan violento que a duras penas ambos representantes lograron salvarse mediante la fuga.
Pocos días antes Crema, aliada de Milán, se había negado a obedecer a los enviados del emperador, quienes se habían presentado para solicitar la destrucción de los muros. Además, no cesaban las luchas ciudadanas; no obstante los pactos estipulados con el emperador y las amenazadoras órdenes de Roncaglia, sólo pocos meses después Milán atacaba y destruía el castillo de Trenzo, conquistándose la reprobación del emperador.
Éste habría intervenido más decididamente, pero en su centro de operaciones, Lodi, que había deseado reconstruir para reforzar su posición contra Milán, estaba obligado a aguardar pacientemente: esperaba nuevas tropas de Alemania y, sobre todo, consideraba que podría resolver en modo satisfactorio las nada fáciles negociaciones entonces en curso con el papa Adriano IV.
Había precipitado la crisis la decisión de Federico Barbarroja de nombrar en la diócesis de Rávena —de la que ya hemos destacado su importancia— al hijo de Guido de Biandrate, una persona de su confianza, que debía suceder al muy leal Anselmo de Havelberg, muerto durante el asedio de Milán.
Pero los motivos de fondo eran mucho más graves: las decisiones de Roncaglia, en muchos casos y en diversos aspectos, limitaban los poderes de que gozaban los obispos italianos; Adriano IV, a su vez, actuando con energía en Lacio y en Roma, daba la impresión de desear poner límites a la autoridad imperial en aquella zona, mientras sus tentativas por mejorar las relaciones con la monarquía normanda de Sicilia causaban preocupaciones a Barbarroja, provocando la sospecha de una alianza que al fin uniera al papa, a Milán y a los normandos.

Federico y el cisma de Víctor IV

Pero cuando el 1º de setiembre de 1159 Adriano IV moría en Anagni, Federico Barbarroja no deseó perder la ocasión de intervenir, a cualquier costo, para obtener una situación más favorable en la curia romana. Por lo tanto, trató de apoyar la elección de un cardenal que él sabía un amigo seguro, Octaviano Monticelli, un prelado de estirpe nobilísima ligado por vínculos de parentesco con los señores de Franconia y de Suabia. Pero la mayoría del colegio cardenalicio, en cambio, concentró sus votos en Rolando Bandinelli, que ya en Besançon había hecho frente a Barbarroja y que por su preparación de culto jurista y de hábil diplomático parecía ofrecer las mejores garantías de un buen gobierno de la Iglesia y una sagaz tutela de sus intereses.
Pero cuando la elección parecía decidida, hubo un golpe de escena: respaldado por


HEINRICVS.REX.
FRIDERICVS.IMPERATOR.



1

1. Los delegados del Papa y del duque ante el emperador Federico en Pavía, *de Tintoretto. Venecia, Palacio Ducal*

En la página precedente:

1. Federico I Barbarroja *con los hijos del rey Enrique y el duque Federico. Miniatura de la Crónica de los Güelfos. 1179-91. Fulda, Landesbibliothek.*

En las páginas siguientes:

Antelami, La Deposición. *1178. Parma, Catedral.*

una válida minoría, seguro del apoyo de Otón de Wittelsbach, presente en Roma justamente para seguir el desarrollo de la reunión, Octaviano Monticelli le sacó el manto pontifical a Bandinelli y se envolvió en él. El nuevo elegido, amenazado también por los romanos, fue obligado a huir; sólo pudo ser consagrado en Ninfa, una pequeña ciudad en el interior de la llanura romana, hoy desaparecida, mientras Octaviano era consagrado en la solemne abadía imperial de Farfa. El primero asumió el nombre de Alejandro III, en honor del papa milanés Alejandro II que había iniciado el impulso reformador del papado, mientras que el otro, llamándose Víctor IV, retomaba el nombre del papa que había ascendido de Montecassino al trono pontificio y había combatido el cisma de Viberto de Rávena.

Frente a esta doble elección que complicaba las relaciones entre Iglesia e Imperio agravándolas, Federico, quien no deseaba un cisma, trató de proponerse una posición imparcial.

En efecto, invitó a todos los obispos y al clero del Imperio y a los de todos los otros estados cristianos a reunirse en Pavía para decidir sobre la legitimidad de los dos pontífices; él se comprometía a remitirse a la decisión que se tomara entonces. Ésta era una hábil maniobra con la que el emperador ponía en serio aprieto al papa: si éste no aceptaba, tácitamente demostraba temer un juicio que se garantizaba libre y sereno; pero con sólo aceptar se ponía en peligro aquella "libertad de la Iglesia" que constituía la más alta y continua aspiración del papado desde Gregorio VII en adelante.

Alejandro III no podía hacer otra cosa que permanecer firme en la línea ideal trazada por sus predecesores: a los embajadores de Federico les respondió destacando la superioridad del pontífice a todo juicio terreno, aunque fuera el imperial. No podía, por ello, obedecer a una convocación que procedía de una autoridad que él no podía reconocer.

Le hacía eco, con un duro y ya célebre juicio sobre Federico y los alemanes, el muy conocido Juan de Salisbury: "¿Quién somete a la Iglesia universal al juicio de una Iglesia particular? ¿Quién constituyó a los alemanes en jueces de las naciones? ¿Quién confirió a estos hombres brutales e impetuosos la autoridad de colocar un príncipe, según su arbitrio, sobre la cabeza de los hijos de los hombres?" Contra estas coherentes y claras teóricas tomas de posición termina por tener poco relieve y significado la adhesión al concilio de Víctor IV y el desarrollo del concilio mismo: sus resultados, dada la ausencia de Alejandro III y de sus adeptos, eran previsibles mucho antes de que se verificaran. Los obispos y arzobispos presentes, una cincuentena, escucharon primero un hábil discurso de Barbarroja en el que, aunque invocando los precedentes de Constantino,

Teodosio y Justiniano, y luego de los más recientes Carlomagno y Otón, que en virtud de su poder imperial habían convocado concilios, cuando la Iglesia se había hallado en peligro, afirmaba sin embargo que deseaba renunciar a toda intervención activa, limitándose a esperar las decisiones de los eclesiásticos.

Todos reconocieron a Víctor IV como papa legítimo el 11 de febrero de 1160, y como tal fue honrado por el concilio y el emperador; de la decisión se dio noticia oficial, mientras se lanzaba nuevamente la excomunión contra Alejandro III. Éste, a su vez, repitió la excomunión contra Víctor IV y excomulgó a Federico, liberando a los súbditos del juramento de obediencia.

Era el cisma en el sentido más grave de la palabra con una división de los espíritus y con turbaciones de conciencia característicos y significativos.

Luego de una espera prudente casi todo el mundo católico se pronunció en favor de Alejandro; resulta característico, sin embargo, que entre los mismos alemanes Reinaldo de Dassel fue por largo tiempo obispo *elegido*, pero no *consagrado*, de Colonia, mientras otro altísimo prelado que había adherido a Víctor, el arzobispo de Magdeburgo, capturado por los musulmanes durante un viaje que realizara a Tierra Santa, hizo el voto de reconocer al verdadero papa, es decir, a Alejandro, en el caso de ser liberado.

Por otra parte, en el mismo episcopado alemán no había faltado quien expresara francamente su fidelidad a Alejandro; en tal modo había creído comportarse bien, entre otros, el arzobispo Eberardo de Salisburgo.

El contraste político se complicaba así con los temas del contraste religioso en un nudo de ideales y de intereses de intensa dramaticidad.

Barbarroja y sus consejeros advertían, con sagacidad, que en el centro de todas las cuestiones, espirituales como temporales, estaba la resistencia de Milán. La ciudad soportaba intrépidamente ataques y amenazas, intentando reforzar sus posiciones mediante febriles tratativas; aparte del papa, los milaneses buscaban el apoyo del rey de Sicilia, y de Manuel Comneno; por ello, en una lenta pero significativa progresión de importancia, la lucha con Milán terminaba por comprometer la política de toda Europa continental y de los países mediterráneos.

La destrucción de Milán

La ciudad adquiría de este modo, y más que antes, la importancia de un símbolo; no es sólo una ciudad rebelde, es el único obstáculo verdadero para los fines que el emperador se propone. Resulta significativa en este sentido una carta del notario Buccardo, un personaje menor de la cancillería imperial, pero muy al corriente de las ideas y de las intenciones de su jefe, justamente Reinaldo de Dassel. "Vencida Milán —él supone— por gracia divina, hemos vencido todo; y pronto se convocará a un concilio. Y si no acuden nuestros adversarios, una vez establecido el papa [evidentemente se trata de Víctor IV], lograremos nuestro objetivo. Si acuden, aunque por la libertad de su juicio soliciten que se aleje la fuerza del emperador, sin embargo el pueblo y el clero de Roma no desearán que se lleven a su pontífice, el papa Víctor; antes bien, con argumentos podrán demostrar cuán conspiradores son aquellos cardenales y Rolando [el papa Alejandro III] y que aquellos que hayan sido condenados deban ser considerados proscriptos. Entonces será fácil la vía para que todo contribuya al honor del imperio." Recuérdese que Víctor IV era, como ya dijéramos, de la antigua y noble familia romana de los Monticelli.

Era necesario, entonces, abatir a Milán; el momento parecía favorable. Era tenaz el odio de las ciudades rivales; Alejandro III y sus cardenales debieron alejarse de Italia, buscando refugio en Francia. Estaba en crisis la monarquía normanda [Sicilia] por la revolución contra Maione y Guillermo I el Malo. Pero Milán no cede.

Era un desafío, y el emperador respondió con una serie incesante de operaciones militares contra este o aquel punto del territorio milanés, con destrucciones, saqueo, violencias, que intentaban debilitar a los habitantes destruyendo las cosechas y luego empobreciendo a los aliados y a los protectores, rodeando a la ciudad de un desierto. Milán respondía golpe por golpe y a menudo victoriosamente, como cuando batió a Barbarroja en Carcano, en agosto de 1160.

En tanto, con la primavera de 1161 comenzaron a llegar los refuerzos; llegó el landgrave Ludovico II de Turingia, cuñado de Barbarroja, Conrado, conde palatino del Rin, su hermano Federico, hijo del rey Conrado de Suplimburgo, y el duque de Suabia, su primo, y luego, además de Reinaldo, también Federico, hijo de Ladislao II de Bohemia junto con su tío, el duque de Bohemia.

Las hostilidades arreciaron, y se concluyeron por fin en un verdadero bloqueo de la ciudad; se la deseaba tomar con el hambre y el terror. Se continuó la destrucción sistemática de cultivos y cosechas, mientras los prisioneros reingresaban en los muros lamentables mutilados. Ninguna ayuda de ningún lado.

"Entonces nació una grandísima discordia entre los ciudadanos, entre padre e hijo, entre marido y mujer y entre hermano y hermana. Se discutía ya por los mercados, diciendo que se deseaba rendir al emperador por el acuerdo que algunos de los grandes ya habían hecho para salir de la ciudad o por el precio altísimo de los productos." Un cronista describe así la situación, que muestra cómo se llegó a la rendición.

Las condiciones fueron las más duras posibles: Federico impuso, aun antes de hacer conocer su voluntad, una serie de humillaciones que dieron satisfacción a su orgullo y a su prestigio tantas veces ofendido y que sirvieran a todos de ejemplo. El 1º de marzo de 1162 —era un jueves— los nueve cónsules de Milán acompañados de otros ocho nobles se trasladaron a Lodi, donde se hallaba el palacio imperial, llevando las espadas desenvainadas sobre la cabeza; en presencia del emperador y de su séquito juraron estar dispuestos a obedecer sus órdenes y a comprometerse a hacerlas seguir a todos los habitantes de la ciudad.

El domingo siguiente —el 4 de marzo— trescientos nobles, y con ellos treinta y seis portaestandartes, precedidos por los cónsules, se arrojaron implorando piedad a los pies de Barbarroja, le entregaron las llaves de la ciudad y los treinta y seis estandartes principales, jurando obediencia a las órdenes del emperador. Dos días después fue a humillarse todo el pueblo de Milán con su carro en el que se enarbolaba la bandera de la Comuna, con todos los nobles y sus estandartes, aún los de los barrios: todos ellos más de un centenar.

Precedían al carro los ciudadanos de las tres puertas, seguían los otros avanzando en larga fila hacia el palacio imperial. Federico —nos refiere también el notario Buccardo con una minuciosidad descriptiva que pretende dar todo el sabor de la victoria— estaba en posición más elevada que los otros, en el trono; apenas fue visto por los milaneses, éstos hicieron entonar a los trompeteros un himno solemne, himno fúnebre de su pasada soberbia y grandeza. Luego las trompas fueron entregadas al soberano.

Siguieron los jefes de los barrios, que uno a uno entregaron sus estandartes. Luego se aproximó el carro con su fuerte antena de hierro portando la enseña de la ciudad: de un lado la cruz, del otro San Ambrosio en el acto de bendecir. Llegado ante Barbarroja, la antena fue bajada en acto de homenaje y de humillación; y así permaneció inmóvil hasta que el emperador tocó sus extremos.

Entonces todos invocaron misericordia. Luego de que uno de los cónsules hubo pedido piedad con un discurso, la multitud se arrojó a tierra y "tendiendo las cruces que tenían en las manos, con grandes gritos invocaron también ellos misericordia". Luego el conde de Biandrate, implorando por los milaneses, que habían sido sus amigos, una vez más movió a las lágrimas, pero sólo el emperador mantuvo inmóvil su rostro como de piedra.

Llegó luego, después del juramento de todos los ciudadanos y la entrega de cuatrocientos rehenes, la decisión imperial: Milán debía ser destruida. Recibieron el encargo de realizar la tarea las ciudades y las localidades rivales Lodi, Cremona, Pavía, Como y los habitantes del territorio de Seprio y de Martesana.

En poco tiempo —allí permanecieron hasta el domingo de ramos, que era el 1º de abril— las casas fueron totalmente destruidas; quedaron en pie los muros de seguri-



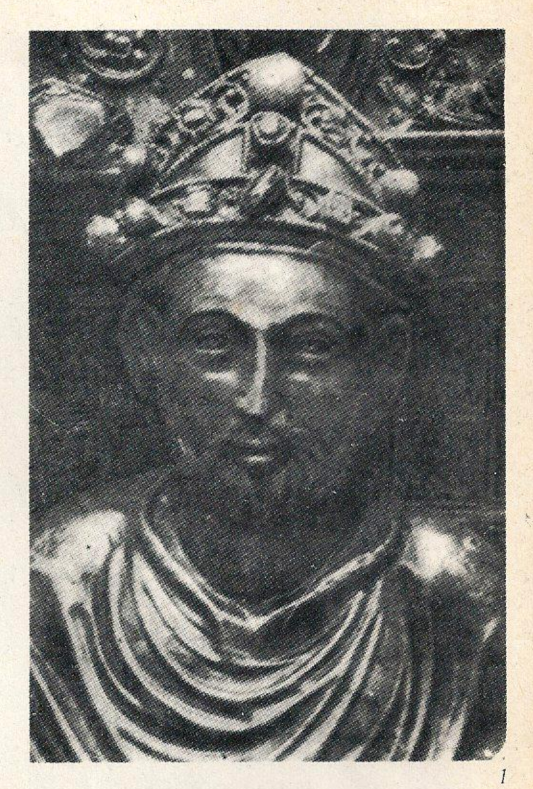


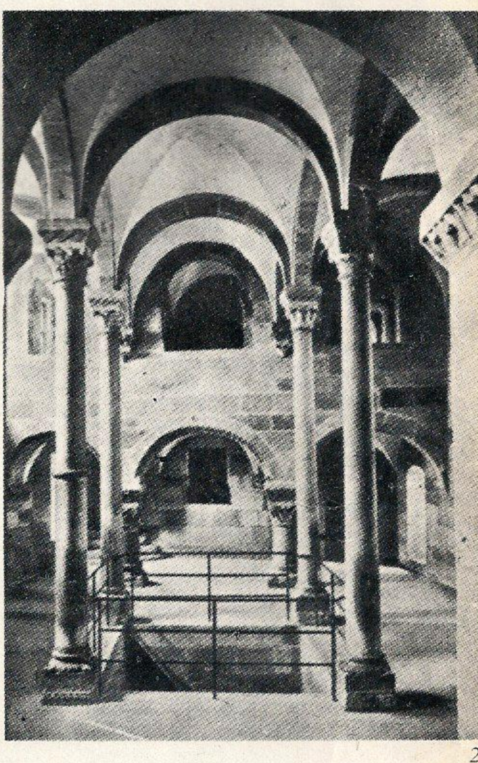
Federico Barbarroja

dad de la ciudad y la antigua catedral; pero también ésta fue demolida, al hacer que cayera sobre ella el altísimo campanario.
Era la victoria total: el emperador podía celebrar solemnemente la Pascua en Pavía y ceñirse aquella corona que había jurado no poner sobre su cabeza hasta que hubiera destruido a Milán. Concluyó la jornada con un grandioso banquete. Así celebraba Barbarroja su gran victoria; podía pensar realmente que había alcanzado su fin, ahora que Milán estaba vencida, humillados todos sus rivales, reducido a la impotencia Alejandro III. Se rendían, una tras otra, sus enemigas Brescia, Piacenza, Bolonia.

Federico, el cisma y Europa
Su retorno a Alemania y la política que allí realizó es la consecuencia fácilmente comprensible de esta lograda tranquilidad. En efecto, justamente en este período, en especial por la influencia de Reinaldo de Dassel, se precisa la concepción imperial de Federico: toda la humanidad está a sus órdenes, aun cuando fuera de aquellos que son sus reinos de Alemania, Italia y Borgoña, sobre los que ejerce directamente su autoridad, el poder está confiado a reyes que son indicados como *reguli provinciarum* [reyes de provincia] para explicitar su rango inferior. Y como el emperador solemnemente consagrado por su alto oficio está unido al Señor, tendrá autoridad sobre toda la Iglesia en perfecta concordia y armonía con el poder carismático del pontífice. Análogamente, los reyes locales podían ejercer su autoridad en el ámbito de las Iglesias de sus países.
En base a estas ideas Reinaldo había esperado poder inducir a Luis VII de Francia a reconocer al papa Víctor IV; se iniciaron así una serie de curiosas tratativas, en las que jugó una importancia de primer plano el ya declarado contraste anglo-francés. Mientras la tragedia de Milán se acercaba a su epílogo, Alejandro III había abandonado Roma hallando refugio primero en Génova, donde había recibido magnífica acogida, y luego en Francia. Allí él podía contar con el apoyo de Enrique, su delegado y hermano del rey de Francia; además, también Inglaterra le era favorable. En este favor del papa para con Inglaterra trató de apoyarse Federico, suscitando sospechas en el ánimo de Luis que, sin romper todavía sus contactos con Alejandro III, comenzó a sondear las intenciones del emperador y de su papa. El intermediario en estas tratativas fue el cuñado del rey de Francia, Enrique de Troyes, quien logró fijar un encuentro entre el rey y el emperador para el 29 de agosto de 1162 en Saint-Jean de Losne, en el límite entre el reino de Francia y el de Borgoña que, como se ha dicho, dependía del Imperio.
Una de las condiciones del encuentro, con el que se intentaba entre otras cosas resolver el cisma, era que los dos soberanos se comprometían a acudir con el propio pontífice, con el convenio de que si uno faltaba, todos habrían reconocido al otro. Siguió una serie de equívocos y de citas frustradas que sólo sirvieron para hacer recelar e irritar a Luis y Federico. En tanto, Alejandro III obtenía resultados mucho más valiosos en su intento por llegar a una clarificación de las relaciones entre Inglaterra y Francia. En Coucy-sur-Loire, a fines de setiembre de 1162, Enrique II [de Inglaterra] y Luis VII, reconciliados por la hábil política del pontífice, lo reconocían a éste como único papa legítimo. Así, Alejandro podía reunir en mayo de 1163 un concilio en Tours, que fue también una solemne afirmación de su autoridad, ya que acudieron al mismo los obispos de Francia y de Inglaterra y buena parte de aquellos que desde hacía tiempo habían adherido a Alejandro desafiando la ira imperial; muchos, además, escribieron en forma secreta al papa asegurándole su obediencia y devoción.
En todas estas vicisitudes captamos en su formación una lentísimo pero cada vez más preciso cambio de opinión que del plano religioso tiende a pasar al plano político: Federico comienza a perder aliados y secuaces, por lo que su actitud para con el papado, que según sus intenciones debía liberarlo para siempre de la pesada tutela de los pontífices, terminará por convertirse justamente en un estorbo, que le quitará elasticidad y vigor a toda su acción.

Entre Italia y Alemania
Este cambio general de opinión se advierte aún más grave en sus consecuencias si notamos cómo se había revelado ávida e insoportable en Italia la administración imperial; todas las fuentes de la época, favorables o no a Federico, concuerdan al consultar y condenar las exacciones, la multiplicidad de los arbitrios, la carencia de todo equilibrio y del sentido de justicia. En vano Reinaldo de Dassel, a quien el emperador dejara en Italia, trataba de conquistar adeptos para Víctor IV y de mediar para mantener la paz entre las ciudades, para calmar inquietudes y rebeliones en un continuo sucederse de viajes de ciudad en ciudad; tampoco logró mejores resultados Herman, obispo de Verden en Baja Sajonia, enviado para dispensar justicia superior e inferior en Italia, donde permaneció entre fines de 1162 y los primeros meses de 1163.
Fueron justamente las noticias que llevaran Reinaldo y Herman, a su retorno a la patria, las que indujeron a Federico, a fines de octubre de 1163 a realizar otra expedición militar a Italia; fue a Lodi, pasó a Pavía donde, a pedido de los paveses, ordenó que fueran destruidos nuevamente los muros de Tortona, reconstruidos por Milán en acción de desafío y desprecio por el emperador.
Esta grave decisión que deseaba evidentemente servir de ejemplo, no impidió la formación de un primer núcleo de ciudadanos


1


2

1. Reinaldo de Dassel, canciller de Federico I. Colonia, Tesoro del Domo.

2. Capilla imperial de Nuremberg.

En las páginas 186-187:

1. Alejandro III recibe a un embajador de Barbarroja.
2. La victoria de los venecianos en Punta Salvore contra la flota de Barbarroja. Frescos de Spinello Aretino. Siena, Palacio Público

hostiles a Federico, la denominada Liga Veronesa que justamente en torno a Verona reunía a Padua y a Piacenza por inspiración de Venecia, detrás de la cual se ha visto con justicia a Manuel Comneno, siempre pronto a inmiscuirse allí donde veía la posibilidad de bloquear la afirmación y el éxito de Barbarroja.
La Liga Veronesa, como muy bien se ha afirmado, no tenía fines o propósitos distintos de los de cualquier otra liga de aquella época; surgía de la coincidencia de intereses y de la exigencia de defensa limitada, precisa, y por lo mismo, carente de futuro. Prueba de ello es el hecho de que Federico no se preocupó demasiado ni le dio gran importancia al fracaso de un intento de acuerdo con la misma. Sin embargo, no dejó de lanzar amenazadoras advertencias y de perjudicar al condado veronés, pero sin resultados.
La Liga, por su parte, no debía disponer de una gran fuerza militar, ya que Verona no logró impedir la pacífica marcha de retorno del emperador a Alemania justamente por el Adigio; sin embargo, una circunstancia merece ser destacada, porque muestra también otra pauta del cambio del clima psicológico. En realidad, el emperador habría deseado atacar a fondo a Verona, pero debió renunciar a ello; tenía pocos alemanes y los lombardos que él convocara habían llegado, como dice un cronista, *tibios*, es decir, con muy poco entusiasmo, tanto que no pudo confiar en ellos.
Sin embargo, aunque toda la grandiosa construcción del Imperio parecía peligrar en varias partes, el prestigio de Barbarroja era muy grande aún; en efecto, a él se dirigía Barisone, juez de Arborea, desde la lejana Cerdeña, para ofrecerle su homenaje y solicitarle la corona de rey. El emperador, por consejo de sus príncipes y luego del pago de una conspicua suma de dinero —Barisone quedó endeudado con los genoveses por el resto de sus días— aceptó su fidelidad y lo condecoró con el título real, si bien los pisanos en lucha con los genoveses por el predominio en la isla hicieron todo lo posible por impedirlo.
Otro elemento de crisis había madurado justamente en aquellos meses: en Luca, donde se había detenido, había muerto Víctor IV el 20 de abril de 1164. Podía ser, y muchos lo pensaron, la buena ocasión para eliminar el cisma y hallar, por la unidad de la Iglesia, la vía del acuerdo con Alejandro III. Para evitar esta posibilidad Reinaldo, que inmediatamente llegó a la ciudad toscana, junto con los pocos prelados que habían permanecido procedió a elegir un nuevo pontífice en la persona de un primo de Víctor, Guido de Crema, quien asumió el título de Pascual III. Pero esta elección apresurada de una personalidad de escaso relieve quitaba todo valor espiritual al cisma, revelaba en modo aún más crudo su naturaleza calculadamente política, tornaba muy difícil la fidelidad aun a los más devotos del emperador.

En octubre de 1164, reordenada la administración imperial de Italia con un cambio de sus funcionarios, Federico volvía a la patria, adonde lo llevaba una serie de problemas de gran importancia, aparte de la necesidad de hallar nuevas tropas. Lo había precedido, marchándose directamente a su diócesis, Reinaldo de Dassel, quien llevaba consigo, glorioso trofeo y recuerdo imperecedero de la victoria sobre Milán, las reliquias de los tres Reyes Magos, conservados hasta entonces en un arca de piedra, que aún hoy existe en la ciudad lombarda. El viaje, peligroso por las emboscadas y las asechanzas, se concluyó en Colonia, donde el arzobispo fue acogido con júbilo por la población, que deseó conservar reliquias en un cofre que es, aún hoy, uno de los más espléndidos objetos de arte de la orfebrería del siglo XII.
Estas reliquias, que le daban a Reinaldo prestigio religioso, facilitaban, por lo menos en Alemania, la nada fácil misión de obtener del clero alemán la adhesión a su política eclesiástica y, en particular, a la elección de Pascual III. A esto debía servir especialmente la dieta de Würzburg que en el día de Pentecostés de 1165 se abrió en presencia de los grandes señores laicos y eclesiásticos del Imperio; la asamblea —presenciada por Federico— se inició en un clima de frialdad, porque justamente el día anterior Conrado, arzobispo de Maguncia, había adherido a Alejandro III y muy perplejos se mostraban muchos otros obispos de Alemania. La llegada de Reinaldo provocó un vuelco en la situación; éste, ausente del país en misión diplomática en Inglaterra, llegó a la reunión trayendo la noticia de que el rey Enrique y cincuenta de sus obispos habían adherido a Pascual III; los delegados del rey, entrando en la sala, confirmaron las declaraciones del canciller. La emoción fue profunda, aunque por el momento no se tuvo en cuenta que el soberano había desfogado su resentimiento contra Alejandro, a quien sentía demasiado amigo de Luis VII de Francia, y contra las precisas disposiciones papales en materia de "libertad de la Iglesia" que eran consideradas como limitadoras de la autoridad soberana.
Federico juró entonces por sí mismo y por sus hijos que no reconocería a otro pontífice que a Pascual III y a sus sucesores; el juramento fue repetido luego por Reinaldo de Dassel, por Enrique el León, y por todos los presentes, aunque no faltaron reservas y restricciones. Se trató, entonces, de grave coacción moral, ya que se trató de iluminar mediante alguna luz espiritual recurriendo a la exaltación de aquel Carlomagno que en la conciencia popular se había convertido en símbolo del soberano perfecto, en el plano de la política, de la justicia y de la santidad. Carlomagno fue proclamado santo en Aquisgrán por Pascual III en la noche de Navidad de 1165; la canonización correspondía tanto a la conciencia común que Alejandro III no osó contestarla luego.

Pero el éxito de Pascual III era aparente, aunque Reinaldo, que continuaba siendo arzobispo *electo* de Colonia, en espera del fin del cisma, deseó demostrar solemnemente haber superado todo escrúpulo, haciéndose consagrar.
Mientras en realidad la adhesión de Enrique II al nuevo papa de Barbarroja estaba ligada a los cambios efímeros de la política, Alejandro III, en un continuo sucederse de progresos seguros, veía que la situación se modificaba a su favor; en tanto podía abandonar Francia y volver a Italia, llegando a Roma adonde lo habían llamado los nobles y los ciudadanos. Lo acompañaba el consenso de los hombres indudablemente mejores de la Iglesia, tanto más que era general el fastidio por la división entre los fieles, tanto más rechazada cuanto mayor era en Palestina el peligro de que los estados cristianos pudieran sucumbir a la amenaza reiterada de los turcos.
El retorno del papa a Italia era, por el momento, un hecho solamente simbólico; era real, en cambio, la gravedad de los odios y de los rencores que se ganaba el mal gobierno de los funcionarios imperiales.

La Liga Lombarda

Al respecto, tenemos una serie de testimonios inequívocos; particularmente significativo es aquel de un cronista favorable a Federico. Bien, él nos asegura que aquellos vicarios exigían hasta siete veces más de lo que se les debía. Oprimían a todos los lombardos, ricos y pobres, porque ninguno osaba oponerse, ya sea por devoción o por temor del emperador. Los lombardos —nos dice— ya no podían mantenerse sin graves daños en sus personas y en sus bienes, y sin vergüenza. Los más perjudicados eran los milaneses y los cremascos, sobre los que la presión imperial se ejercía en forma despiadada.
A estas noticias hace eco Romualdo, arzobispo de Salerno, bien informado porque fue enviado por los reyes normandos de Sicilia a Lombardía: "Los lombardos, que entre todos los otros pueblos gozaban de la singularidad de la libertad, por odio a Milán se arruinaron junto con Milán y se sometieron miserablemente a la servidumbre de los tudescos."
¿Pero es verdad todo esto? ¿No se trata, tal vez, de una propaganda adversa a Barbarroja? Las noticias de los cronistas parecen claras; las confirman en modo inequívoco una serie de documentos piacentinos que muestran cuán despiadado fue el *rector* imperial Arnaldo, a quien se le diera el sobrenombre, de por sí muy elocuente, Barbavara.
Al fin, la situación se había tornado intolerable: "Es preferible morir, terminaron por concluir los lombardos, antes que sufrir tal vergüenza y tal deshonor." La crisis estalló sin remedio cuando Federico Barbarroja volvió a Italia en el otoño de 1166, deteniéndose en la fidelísima Lodi.
Ya en setiembre de 1164 había estallado



una rebelión justamente en Piacenza contra Barbavara; pero pronto había sido dominada. El clero piacentino, que había abandonado la ciudad, fue acogido en Cremona. En su simplicidad, un hecho significativo, que confirma una nueva actitud psicológica y un cambio de opiniones que no podemos aprehender, lamentablemente, en todos sus detalles, pero que se evidencia con creciente claridad.

Muchos habían esperado pacientemente hasta el retorno del emperador, quien aun en la severidad despiadada de sus decisiones había sido inspirado por un sincero sentido de justicia. Pero cuando Federico fue a Italia, a Lodi, en otoño de 1166, a él acudieron los lombardos, en actitud humilde y suplicante, para pedirle que interviniera para reprimir los abusos de sus funcionarios.

El emperador los escuchó primero; luego dio la impresión de no desear atenderlos; de todos modos, no hizo nada. Se formó entonces, en la mayoría, la sospecha de que los funcionarios estaban de acuerdo con su señor en sus exacciones y extorsiones. Muchos tuvieron temor, pero muchos pensaron en la necesidad de hallar una vía de salida.

En este estado de ánimo y en este trasfondo histórico vemos emerger con una espontaneidad que podría parecer sorprendente a quien piensa en los odios de pocos años antes, la Liga entre Brescia, Bérgamo, Cremona y Mantua, que se concluyó en la primavera de 1167. Así nos lo refiere, con vivaz simplicidad, un cronista: la Liga habría sido el resultado de un coloquio entre las diversas ciudades, en el que a un franco y exasperado relato de los propios males siguió el acuerdo.

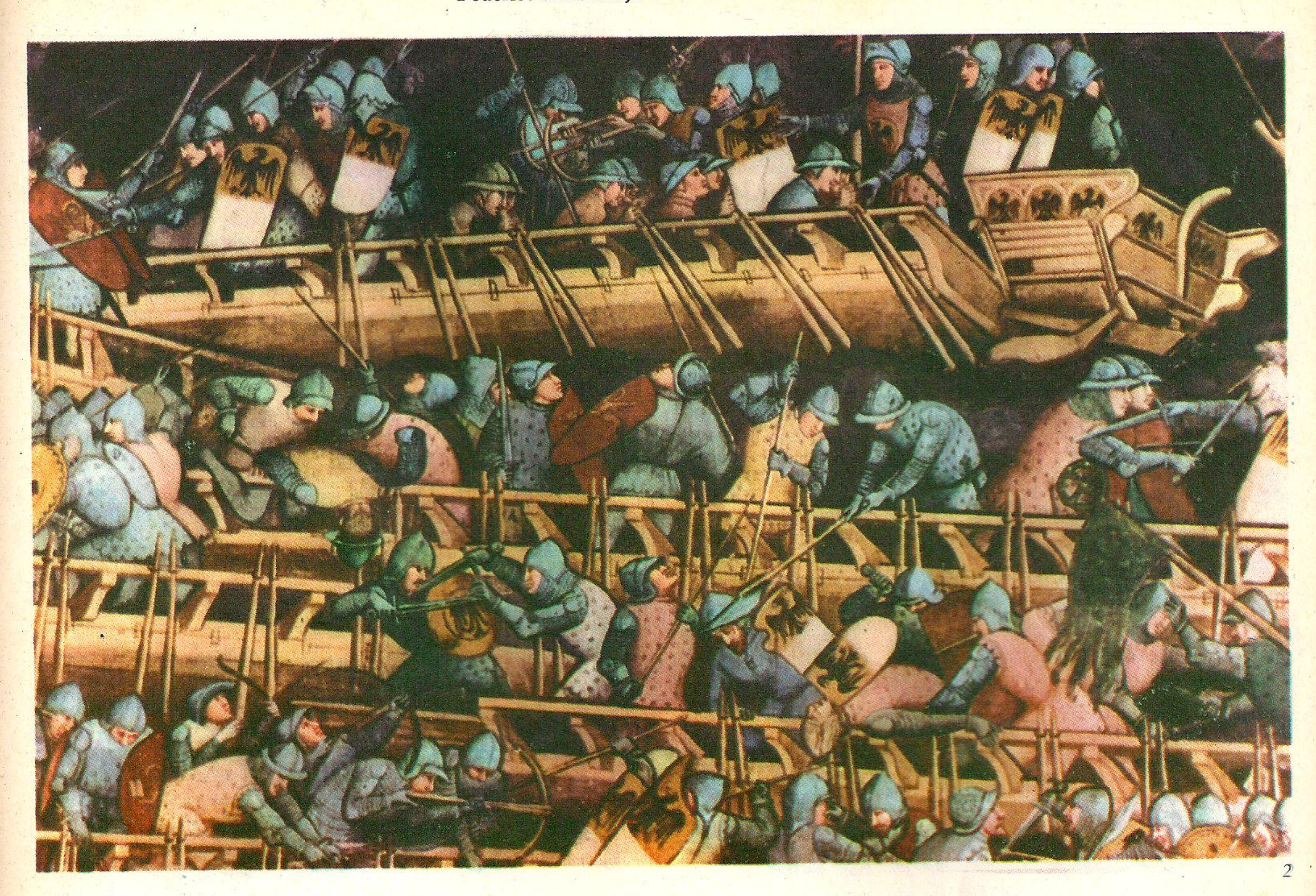
La iniciativa no parece haber partido, en aquel primer momento, de Milán, aún en ruinas, ni tuvo en esa ciudad su primer centro. Sin embargo, la importancia que la ciudad, si bien sólo conquistada por sus ciudadanos dispersos, tenía en este nuevo órgano político en formación, se desprende del hecho de que solicitaran la intervención de Milán ciudades como Cremona y Bérgamo, que habían soportado todo el peso de la anterior fuerza de expansión y los múltiples inconvenientes que aquella les causara.

Pero Milán era, contra Barbarroja, un símbolo y una certeza; no por nada todos los coligados se empeñaron en reconstruirla, comenzando el trabajo el 27 de abril. Pero no cesaron los recelos, si se considera que se impuso toda una serie de limitaciones a su antigua ambición. Además Milán, en la persona de su gran arzobispo Galdino, significaba la posibilidad de alcanzar al pontífice, de obtener su apoyo moral y material, de lograr por su intermedio otras fuerzas y alianzas, sobre todo la de los normandos.

Ante estas maniobras, que si bien secretas no podían pasar inadvertidas a los funcionarios imperiales, Barbarroja trató de responder en manera tal de castigar las fantasías: con el fausto y el terror. Había descendido con la fuerza por toda la península italiana, imponiendo rehenes y recompensas, con él Reinaldo de Dassel y, otro fiel colaborador, Cristiano de Maguncia, imponían la obediencia y el respeto a la autoridad imperial. En Roma había tratado de alcanzar a los adeptos de Alejandro III; había obligado al papa a la fuga. Luego se había hecho coronar nuevamente por Pascual III en una solemne afirmación de su poder en la Ciudad y en la Iglesia. Entonces pareció un signo de Dios la epidemia que diezmó despiadamente al ejército imperial e hizo morir el 14 de agosto de 1167 también a aquel Reinaldo de Dassel que por tantos años había sido el inspirador y el consejero más leal de Federico.

Ante la noticia de la epidemia y de sus gravísimas consecuencias comenzaron, primero tímidamente, luego en número mayor, las rebeliones.

Barbarroja debió constatar los profundos cambios que se producían en la situación justamente por efecto de aquellas ligas, cada vez más sólidas, de ciudades, que él considerara con desprecio y superioridad a su llegada a Italia. Cuando desde Roma marchaba hacia la llanura paduana por aquella vía que en largas tortuosidades servía a los peregrinos que visitaban las tumbas de los Apóstoles o que volvían a sus



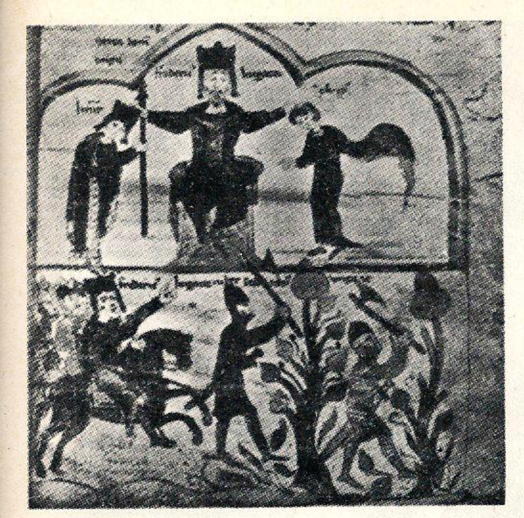
2

casas, Federico intentó atravesar los Apeninos por el pasaje de Montebardone (el actual pasaje de la Cisa), y halló el camino bloqueado por los piacentinos en Pontremoli. Sólo la ayuda del marqués de la Lunigiana, Obizzo Malaspina, le permitió llegar por caminos transversales a su fidelísima Pavía, donde permaneció casi inactivo en espera de refuerzos.
Lanzó entonces un apasionado llamado a su Alemania, en el que el sentimiento de su realeza humillada y herida se dirigía al orgullo de la nación germana, leal y fiel comparada con la italiana, rebelde y arrogante: "Se asombran los cielos, tiembla toda la tierra, se trastornan los elementos. Esta revuelta infame se opone no sólo a nuestra persona sino también a la potencia del pueblo alemán; por doquier se grita '¡no queremos el dominio tudesco!' Pero nosotros preferimos caer honorablemente entre nuestros enemigos antes que aceptar, en vida, la decadencia del Imperio."
En realidad, por aquellos meses sus enemigos se habían fortalecido, agregando a la Liga otras ciudades; mientras el emperador se marchaba a Roma, Lodi, luego de una larga serie de tratativas, iniciadas por Cremona, su antigua aliada, había tratado primero de mantener su lealtad para con el soberano que la había reconstruido y colmado de beneficios; luego había sido obligada por la fuerza a adherir a la Liga y aceptar las decisiones de ésta, el 23 de mayo de 1167. Poco después, a principios de agosto, era atacado, conquistado y saqueado el castillo de Trezzo, donde se hallaba bien custodiado el tesoro del emperador.
Encerrado en Pavía, Federico muy pronto había debido convencerse de la inutilidad de los ataques contra esta o aquella comuna rebelde. No tuvo mayor efecto el bando que lanzara el 21 de setiembre contra las ciudades aliadas, con el ardid de exceptuar a Lodi, que sabía coactada, y a Cremona, en la esperanza que luego se revelara vana, de reconducirla a la obediencia.
Luego de un invierno que pasara trasladándose de una a la otra de las pocas ciudades que seguían siéndole fieles, Novara o Vercelli, o en las posesiones del marqués del Monferrato, pudo volver a Alemania, partiendo de Piamonte a través del Moncenisio, pasando por Moriana y su reino de Borgoña.

Federico busca ayuda en Alemania. La Liga funda Allesandria

En su patria, Federico encontraba un complejo de problemas nada simples ni fáciles. El primero era el de sistematizar la situación feudal de Alemania, gravemente perturbada en el equilibrio que había logrado establecer entre los grandes señores luego de su coronación. En la epidemia que estallara en Roma habían muerto algunos de los más grandes señores alemanes, entre ellos el joven Federico, duque de Suabia, hijo de Conrado III que no dejaba herederos, y Güelfo VII, único hijo varón del viejo Güelfo VI. Con desenvuelta rapidez, Barbarroja nombraba duque de Suabia a su primogénito Felipe, un niño de cuatro años, del que se convertía, *ipso facto*, en tutor; a su viejo tío le hizo una oferta muy ventajosa para adquirir sus vastísimos feudos en Alemania y, lo que más contaba, en Italia.
El cisma continuaba siendo otro grave problema; mientras Alejandro III era un papa exiliado no representaba un verdadero peligro. Pero la situación cambiaba ahora que la Liga Lombarda, en su crecimiento aparentemente indetenible, terminaba por ser una fuerza militar a disposición del papado que podía contar también con la ayuda de la monarquía normanda de Sicilia y con el apoyo lejano, pero igualmente considerable, del imperio bizantino.

Advertimos desde este momento en Federico cierta disminución de su intransigencia para con Alejandro, tanto más porque Pascual III había muerto y su sucesor, Calixto III, era una figura de escaso relieve a quien muy pocos se sentían dispuestos a apoyar; que su actitud para con su antiguo adversario había cambiado lo prueba el hecho de que no se realizara el previsto juramento de fidelidad al antipapa cuando el segundo hijo de Barbarroja, Enrique, fue consagrado rey de los romanos. Luego fue enviado a Veroli, donde estaba Alejandro, un altísimo



1



2



3

personaje de la corte imperial, Erebardo de Bamberg, para explorar las posibilidades de una reconciliación; pero fue una tentativa inútil porque las instrucciones del embajador preveían un coloquio personal con el papa, pero éste exigió que cualquier negociación, de cualquier naturaleza, debía comportar necesariamente la presencia de los representantes de la Liga.

En verdad, durante la ausencia del emperador, justamente por la acción de Milán, cuyo arzobispo Galdino era infatigable en la defensa de Alejandro III y en el apoyo a la Liga, se habían estrechado aún más las relaciones entre el papa y las ciudades. De ello eran la consecuencia dos hechos concretos y de gran significado; en la primavera de 1168, para refirmar las posiciones de la Liga frente a Asti y al marqués del Monferrato y para vigilar la parte occidental de la llanura paduana, había sido fundada, entre Bormida y Tanaro, una ciudad que fue llamada Alessandria para realizar y encarar en el nombre del papa la sólida alianza entre el pontífice y la Liga, y al mismo tiempo la unidad de intenciones y de espíritus que se había alcanzado.

Además, poco meses después, el 24 de octubre de 1169, en una renovación de la alianza, se menciona en el acta a Federico como "el que se dice emperador", para precisar e indicar un rechazo propiamente dicho de toda obediencia a cualquier condición.

Las sentencias papales, entonces, hallaban repercusión directa aun en las actas de la Liga. La lucha se precisaba, determinando sus términos y sus objetivos; no se trataba ya de la oposición de la rebelde Milán a su emperador, o del desacuerdo entre el Papado y el Imperio que llegara a su punto crítico con el cisma. Federico debía enfrentar ahora a una verdadera coalición, cuya fuerza mayor residía en un complejo de ciudades que había crecido al punto de comprender casi todas las ciudades de Lombardía (es decir, de la actual Lombardía y del Piamonte), de Emilia y de Romaña, con el apoyo de muchos grandes señores feudales y que había creado, con el consejo de los *Rectores*, un organismo de gobierno sólido y eficiente. Le daba valor espiritual la presencia del papa; aumentaba su fuerza el reino normando de Sicilia, que lentamente salía de la crisis que provocara la muerte de Guillermo I.

Frente a la amenazadora potencia de esta coalición, justamente, Federico mostró sus más altas dotes de hombre de estado, sin descuidar jamás el sentido de su grandeza y dignidad imperial, restituyendo golpe por golpe, intentando siempre cambiar la situación en favor suyo.

En Inglaterra Enrique II, que en Würzburg había adherido al papa cismático, había debido hacer frente a la oposición del primado de la Iglesia de Inglaterra, el arzobispo de Canterbury, Tomás Beckett. El desacuerdo, agravado también por la arbitrariedad con que los reyes ingleses solían tratar a los hombres y a los bienes de la Iglesia, culminó con el asesinato del arzobispo. Alejandro III, que había evitado comprometerse a fondo en Inglaterra para no agravar el cisma, debió intervenir ahora con toda su energía, también porque lo impulsaba a ello Luis VII de Francia.

Federico trató de aprovechar la situación, ya que comprendió rápidamente que no podría contar con Enrique de Inglaterra, obligado por la enormidad de su delito y por las reacciones de horror que se evidenciaron por doquier y, sobre todo, en su propio reino, a pedir la absolución al papa Alejandro, de quien ante todo debió reconocer la autoridad, y luego aceptar las condiciones.

Barbaroja se dirigió entonces a Luis de Francia, despechado por el acuerdo entre Enrique y el pontífice; se iniciaron tratativas que naufragaron, por los insuperables escrúpulos religiosos del rey así como por la hostilidad del clero francés contra la persona del antipapa.

Entonces intentó el acuerdo con Manuel Comneno, emperador de Bizancio, a quien logró interesar en sus proyectos, desarrollados entre 1170 y 1172 por habilísimos negociadores como, en 1170, Cristiano de Maguncia, el sucesor de Reinaldo en el oficio de canciller. Luego, el año siguiente, el obispo de Worms, y por fin Enrique el León, que en ocasión de su expedición militar a Tierra Santa visitó al *basileus* en Constantinopla.

A Italia Barbarroja enviaba a buscar apoyos, o por lo menos para debilitar a la Liga, a su colaborador más hábil y seguro, justamente Cristiano de Maguncia. Éste trató de aprovechar para sus fines los desacuerdos locales; pero los que podían surgir en el seno de la Liga nunca hacían peligrar la solidez fundamental de la misma, gracias también a la acción de los *Rectores*. La tentativa de reconciliar en función antinormanda, a Pisa y Génova, debía naufragar frente a la oposición radical de sus intereses en Cerdeña y en todo el área del Mediterráneo.

Justamente en Italia Cristiano debió constatar la complejidad y las dificultades de su política cuando, en 1172, al asedio de Ancona rebelde no acudió solamente Ferrara ya condesa de Bertinoro, la famosa Altruda Frangipani, sino también un enviado de Manuel Comneno, que excluía por ello toda posibilidad de convenio con Barbarroja.

Legnano

En Alemania, el emperador había tratado de formar un ejército; no había sido empresa fácil, dada la renuencia de muchos grandes feudatarios alemanes, entre ellos Enrique el León, y por el triste recuerdo —es muy probable— de las numerosas muertes en la expedición precedente. Pero fue posible, si bien con fuertes sacrificios económicos, reunir un cuerpo de tropas importante, si no grande. Desde Ginebra, por

el Moncenisio llegó a Susa; la ciudad fue tomada y saqueada para castigarla por haber atacado a Barbarroja durante su vuelta a Alemania en 1168. La misma suerte tuvo Asti.
Era una política de terror que dio sus frutos: el marqués del Monferrato, los Biandrate, Pavia, Alba, Acqui, pronto pasaron a la parte de Barbarroja. Pero aquí también se mostró válida, eficaz la previsión de la Liga, cuando había planeado la fundación de Alessandria. El emperador y los soldados la consideraban con desprecio, llamándola ciudad de ladrones, bandidos y siervos fugitivos, pero cuando intentaron atacarla debieron convencerse de que, en virtud de su posición natural hábilmente elegida, era realmente inexpugnable. Luego de un asedio en el invierno entre 1174 y 1175, después de un intento de asalto en la semana santa de 1175, el 13 de abril, en Vigevano donde había acampado, Federico debió enfrentar el ejército de la Liga. Pero ésta, en lugar de dar batalla, prefirió iniciar negociados de paz.
Se trata del episodio que Carducci narra en la poesía *En los campos de Marengo*, interpretando el frustrado ataque a las tropas alemanas como un acto de respetuoso homenaje a la idea imperial que Barbarroja encarnaba.
Nos acercamos más a la realidad si consideramos que en el equilibrio de las fuerzas —más numerosos los lombardos, más expertos los germanos—, en la incerteza del resultado, en la buena disposición de Federico, que se evidenció en un primer contacto explorativo iniciado, como todo parece indicar, por los cremoneses, se entrevió la posibilidad de poner fin a una lucha que se perfilaba sin cuartel, dispendiosa y sanguinaria.
Se llegó así, el 16 de abril de 1175, luego de pocos días de tratativas, a los acuerdos de Montebello; se trataba de una serie de concesiones imperiales en las que los lombardos veían reconocidas sus exigencias fundamentales, como el derecho de elegir libremente sus cónsules, construir castillos y fortificaciones y, también, de mantener en pie a la Liga. Barbarroja, por su parte, habría obtenido las regalías de que gozaba el imperio en la época de Enrique V, en particular el abastecimiento para sí y las tropas (pero sólo durante el tiempo estrictamente necesario para el tránsito, como se precisaba), los tributos y los honores en ocasión del pasaje de ciudad a ciudad, cuando el emperador marchara a Roma para la coronación y, por fin, el juramento de fidelidad de los vasallos y de los ciudadanos. Sobre estas bases se llegó casi a la conclusión de la paz; se preveía que para las cuestiones en suspenso se recurriría a las decisiones de los cónsules de Cremona, la ciudad de la Liga menos aborrecida por Barbarroja.
Dos cuestiones eran omitidas y como abandonadas a sí mismas: la posición de Alejandro III y el destino final de Alessandria. Los cónsules de Cremona, al interpretar el común deseo de llegar a una paz, evidentemente habían deseado evitar a Federico la necesidad de tomar posición frente a aquel pontífice al que en Würzburg había jurado solemnemente no reconocer. Por lo mismo se silenciaba la cuestión de Alessandria, que era justamente el símbolo de aquel papa.
Fue un grave error psicológico, aún cuando se justifique por el hecho de que Cremona ya no veía con simpatía a Alejandro, quien al tener en Lombardía su centro en Milán y su portavoz en el arzobispo milanés Galdino, terminaba por darle creciente importancia a la antigua rival. Ésta a la que la destrucción parecía que quitaría del medio para siempre, en cambio había resurgido de sus ruinas con más fuerzas que nunca, despojando a Cremona de aquella preminencia de que había gozado hasta entonces en el seno de la Liga: uno de los dos jefes del ejército había sido, por ejemplo, Anselmo de Dovara, cremonés.
La reacción a los acuerdos de Montebello fue característica en la misma Cremona; el pueblo se rebeló rechazándolos y, en el tumulto, fueron expulsados los cónsules. Aún peor fue la reacción en otras localidades.
Se agravó en dos aspectos la situación de Barbarroja; había licenciado, en la euforia de la paz, a gran parte de sus tropas, y por lo tanto se veía obligado a procurarse otras. Además, la iniciativa contra él pasaba de Cremona a Milán, muy hostil. El emperador se vio constreñido a solicitar ayuda a sus feudatarios alemanes, primero entre ellos a su primo Enrique el León, pero muy pronto comprendió que sólo la obtendría a un precio muy alto. En el encuentro de Chiavenna de enero de 1176 Enrique le pidió la ciudad y el territorio de Goslar, de gran importancia política y económica, y se mostró inamovible, no obstante los ruegos de Barbarroja. Éste, a su vez, no aceptó, y concibió un rencor irreparable. Llegaron refuerzos, sin embargo, bajo la guía de Felipe, arzobispo de Colonia, y de Magdeburgo; otros, se prepararon por parte de Pavía y del marqués del Monferrato mientras se anunciaba el arribo de Cristiano de Maguncia con otras tropas de Roma. El 29 de mayo de 1176 los milaneses atacaron a Federico mientras marchaba hacia el Ticino; el encuentro tuvo lugar en Legnano, y la batalla fue encarnizada. Es mítica, por cierto, la figura de Alberto de Giussano, pero la desesperada resistencia en torno al carro es histórica: "Los infantes milaneses con los pocos caballeros que se hallaban rodeando al carro, sin huir, se atrincheraron en torno, y con su resistencia aseguraron la victoria."
El mismo Federico, en la lucha, desapareció porque su caballo fue herido y se lo creyó muerto; se lo volvió a ver en Pavía, solo, algunos días después.
La batalla, de por sí no más decisiva que otras, sirvió para convencer a Federico de lo inoportuno de continuar una lucha que

1. Federico I Barbarroja con los hijos. Del Liber ad honorem Augusti, *de Pietro de Eboli. Berna, Burgerbibliothek, cod. Bernese 120.*

2, 3. Moneda de oro de Federico I. 1168. Munich, Archivo de Estado.

En la página 191:

1. Alejandro III reconducido a Roma por el emperador y el duque. Fresco de Spinello Aretino. Siena, Palacio Público

no parecía tener vía de salida, y le mostró claramente la necesidad de llegar a un acuerdo con el papa y poner fin al cisma.

En Venecia: paz con el papa y tregua con las Comunas

Existían, por otra parte, muchos elementos de juicio que inducían a pensar en la posibilidad de un acuerdo. Desde hacía años el papa estaba en la dolorosa situación de no poder dirigir la vida de una gran parte de la cristiandad; también debía renunciar, entre otras cosas, a toda iniciativa en favor de la Tierra Santa, cada vez más expuesta a los ataques de los musulmanes. También lo preocupaba la creciente infiltración de los movimientos heréticos.

En efecto, desde la mitad del siglo se venía manifestando en el sur de Francia, en Alemania y en Italia septentrional la herejía cátara, originaria de la península balcánica, articulada en numerosas iglesias, difundida por habilísimos predicadores itinerantes, favorecida por el desorden de la jerarquía causado por el cisma. En ese tiempo algunas ciudades de la Liga como Milán, Cremona, Brescia y Mantua estaban gravemente atacadas por la herejía; no había logrado éxito la obra de los obispos, entre los que se recuerda especialmente a Galdino, arzobispo de Milán, como tampoco la de las autoridades civiles de las diversas Comunas, ocupadas como estaban por las necesidades de la guerra y de la política.

Por otra parte, los cátaros lograron mimetizarse muy pronto, y muy bien, evitando así que se los identificara; aun cuando su fe en los dos principios en lucha, el del bien y el del mal, con la negación de la realidad humana y de la redención de Cristo, de los Sacramentos y de la jerarquía sacerdotal, era radicalmente hostil a la Iglesia, conseguían no distinguirse de los otros fieles, frecuentando regularmente los ritos religiosos. Debe agregarse que a menudo, en sus decisiones, las autoridades comunales no hesitaban en despreciar la "libertad de la Iglesia"; el papado, por lo tanto, no podía dejar de preguntarse cuál sería su condición el día en que, batido eventualmente Federico, se hallara solo y sin alternativas posibles.

Es preciso no olvidar cuán radicada estaba en la conciencia de la época la convicción de la necesidad de concordia entre Papado e Imperio para guiar a la humanidad, por lo que el pontífice sentía como dolorosa mutilación, si bien inevitable, la falta del emperador a su lado.

Se explica, entonces, que Alejandro III no rechazara, en el otoño de 1176, las iniciativas de Barbarroja y que evitara, esta vez, expresar su deseo de que en las tratativas tomaran parte, o estuvieran por lo menos presentes, los representantes de la Liga, si bien recordó y acentuó sus compromisos con Milán y las Comunas. Sin embargo, los mismos no tuvieron eco en los preliminares de Anagni de octubre de 1176, en los que Barbarroja reconocía la autoridad de Alejandro, se comprometía a consentirle todos los privilegios y las regalías de que había gozado el papa hasta ese momento, a permitirle libertad de acción en Roma, cediéndole también los derechos a los "bienes matildinos", es decir, a la herencia de la famosa Matilde de Toscana.

Alejandro III, por su parte, absolvía a Barbarroja de la excomunión, reconocía solemnemente la dignidad imperial de Federico y de su mujer Beatriz, confirmaba la validez de la elección de Enrique como rey de los romanos.

Un acuerdo particular concernía a las personalidades eclesiásticas; el antipapa terminó como abate en un monasterio, la situación en Alemania se mantuvo con pocas excepciones, mientras que en Italia todos los obispos cismáticos fueron depuestos, salvo aquellos por los que intervino personalmente, caso por caso, el emperador.

Para demostrar el interés del pontífice en la paz y al mismo tiempo, la importancia de los resultados obtenidos por Federico bastará con recordar un hecho realmente significativo: ni siquiera Conrado de Wittelsbach que, como arzobispo de Maguncia, había abandonado todo para no adherir al cisma y que en la Curia romana se había convertido en cardenal, obispo de Albano, fue reintegrado a su sede. Debió contentarse con la promesa de que se le asignaría la primera diócesis que quedara vacante en Alemania, que fue luego la de Salisburgo.

Los preliminares de Anagni suscitaron las más amargas recriminaciones en el seno de la Liga, ya que sus integrantes creyeron haber sido abandonados; afloró entonces un espíritu de división, del que se aprovechó inmediatamente Cremona, estipulando el 12 de diciembre una paz separada, seguida por Tortona y por varias ciudades de Romaña. Sin embargo, la gran masa de los aliados permaneció unida, en espera de la convención que se sostendría en Ferrara; allí se realizaron las primeras reuniones y luego se trasladaron todos a Venecia.

Las discusiones continuaron; pero el acuerdo fue concluido en definitiva sólo entre el papa y el emperador, quienes celebraron solemnemente, el 24 de julio de 1178, la reconciliación. No se logró el acuerdo, en cambio, con la Liga Lombarda, y tampoco con Guillermo de Sicilia. Por intervención de Alejandro III, sin embargo, se fijó una tregua de seis años con las Comunas y de quince con el rey.

Federico, entonces, obtenía mucho más de cuanto habría podido esperar después de Legnano; la reconciliación con el papa y la liberación por algunos años del problema de la lucha con la Liga, no sin buenas perspectivas de una paz duradera.

Mientras Alejandro volvía a Roma el 12 de marzo de 1178, eliminando las últimas resistencia locales, y retomaba en su plenitud el control de la comunidad de los fieles, gracias a un concilio, el tercero de Letrán, convocado justamente para reparar las graves consecuencias espirituales del cisma, Federico, luego de demorarse por algunos meses en Lombardía, volvía a Alemania, donde lo aguardaban serios problemas.

La victoria sobre Enrique el León

El primero y tal vez, el más importante de todos, se originaba en una de las cláusulas convenidas en Anagni y establecidas en Venecia: derogando la norma general, se había decidido que en Bremen y en Halberstadt se destituyeran y se reemplazaran los dos obispos. Pero éstos, estrechamente vinculados a su señor Enrique el León, pidieron y obtuvieron el apoyo de éste. Estalló una verdadera guerra, y luego se recurrió al emperador. Éste, sin decidir personalmente, convocó a los contendientes al tribunal de los príncipes de Worms.

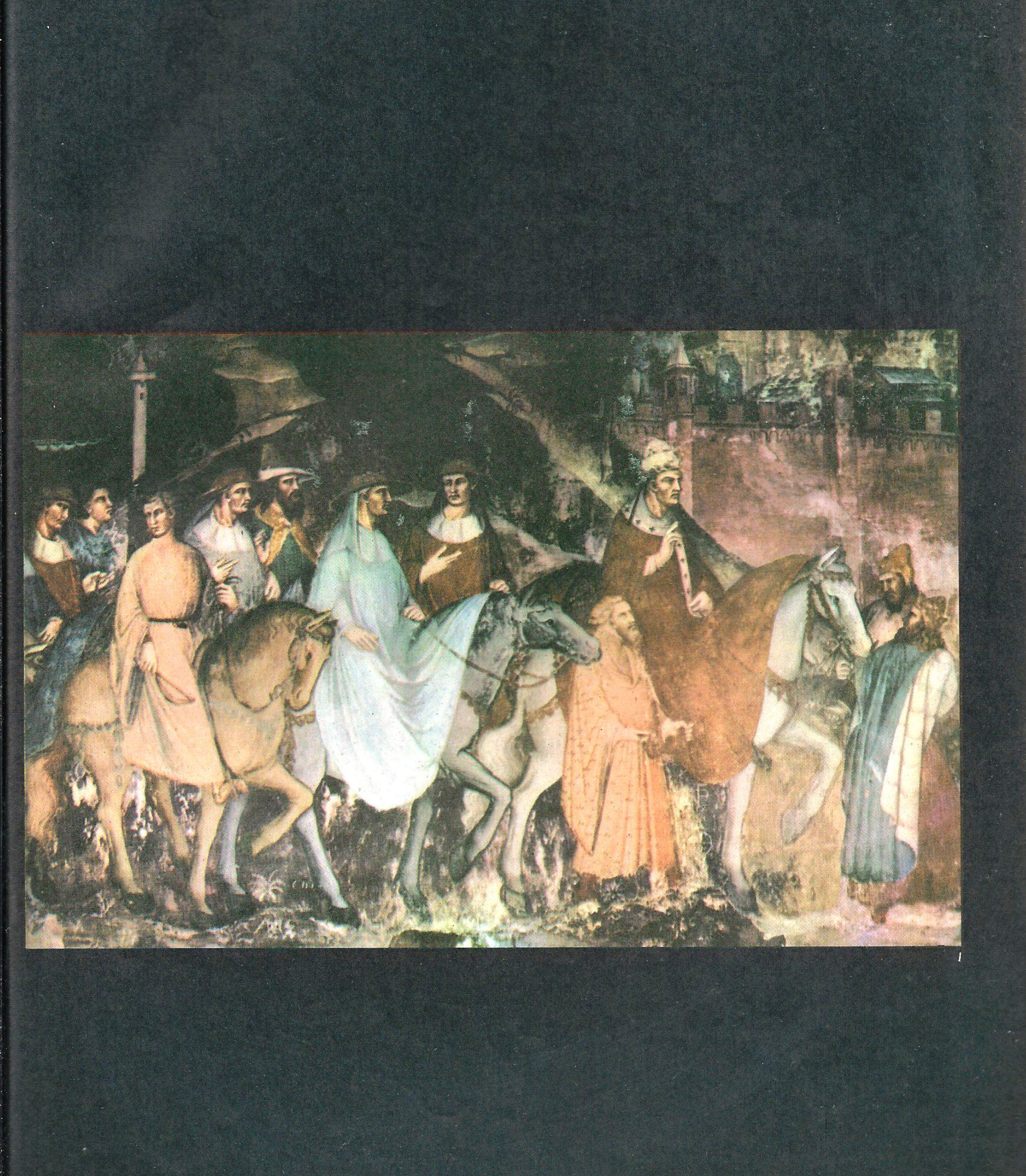
Pero cuando se abrió la reunión Enrique el León no se había presentado; siguió entonces una larga serie de acusaciones contra el soberbio príncipe, entre otras de ser un inquieto, peligroso instigador de desórdenes. Sin embargo, Federico no deseó tomar decisiones apresuradas. Convocó, entonces, nuevamente a su primo al Tribunal *civil* de los príncipes, y al mismo tiempo al tribunal feudal; al negarse a obedecer la orden de comparecer de su soberano y señor, Enrique era culpable de felonía, es decir, de incumplimiento de sus deberes de vasallo.

Se fijó entonces una segunda reunión de tribunal en Magdeburgo para el 24 de junio de 1179. Enrique no se presentó y fue condenado por el tribunal *civil* al exilio "después de un año y un día" de la sentencia. Intentó entonces un acuerdo con Barbarroja, pero no consintió en pagar una fuerte multa en dinero. Fue convocado entonces al tribunal *feudal* de Kayn, en Sajonia. Ni siquiera entonces se presentó.

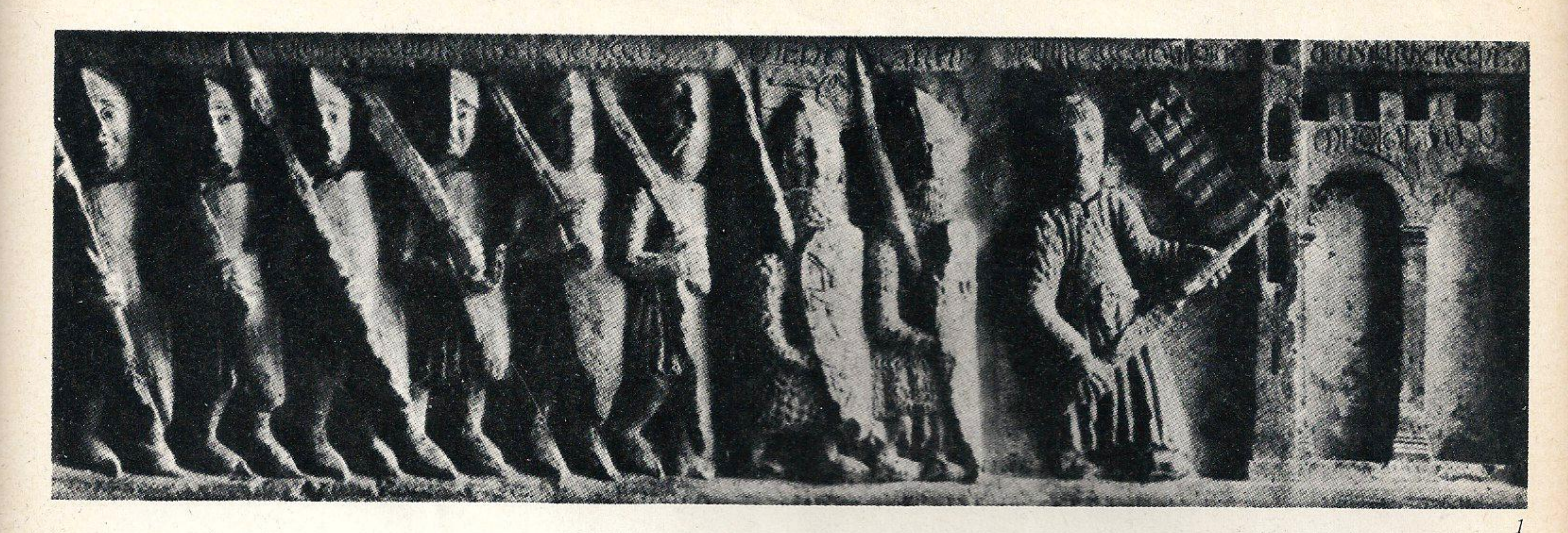
Asegurándose de su buen derecho con una consulta a los príncipes, Francisco convocó la dieta en Würzburg para el 13 de enero de 1180. Por una parte, Enrique promovió excepciones procesales; por el otro, casi como desafío, persiguió y abatió a Udalrico, que era el obispo nombrado en Halberstadt según la decisión de Anagni. El 30 de enero, la dieta condenaba a Enrique a la destitución de su dignidad ducal, a la privación de sus feudos y a la confiscación de sus bienes privados; se fijaba para la primavera una nueva dieta para la asignación a otras personas de todo lo que había pertenecido al poderoso señor y príncipe güelfo.

En dos dietas sucesivas, en Gelnhausen y en Ratisbona, el antiguo ducado de Sajonia fue desmembrado en dos partes, una de las cuales, la oriental, le correspondió a Bernardo de Askanien con el título de duque de Westfalia; la otra, la occidental pasó a engrosar las posesiones feudales del arzobispo de Colonia. También el ducado de Baviera fue dividido en Baviera propiamente dicha, que correspondió a Otón de Wittelsbach, y en Estiria, que convertida en ducado, dependía directamente del Imperio.

Federico Barbarroja



1



1

Muchos territorios menores pasaron también a la autoridad directa de Barbarroja, que los administró por medio de *ministeriales*. Estas decisiones, si bien respondían a la necesidad inmediata de una repartición territorial que evitara la formación de complejos demasiado orgánicos y poderosos, contribuían aún más a acelerar el proceso de eliminación de los antiguos ducados, ligados a las antiguas estirpes germánicas, y los transformaba en divisiones administrativas, con lo que se trataba de afirmar en modo reciente la autoridad del soberano.

Por cierto no era fácil ni simple obtener la obediencia de Enrique el León, quien confiando en su poder y en la disciplina de sus vasallos podía muy bien esperar resistir, y hasta rechazar a los atacantes.

Federico inició la campaña contra Enrique el 25 de julio de 1180, llegando el 15 de agosto a Wella, ciudad ligada al recuerdo de los emperadores sajones y antigua sede de éstos; desde allí se promulgó una orden a todos los vasallos de Enrique, advirtiéndoles que la condena de su señor los liberaba de toda obligación de fidelidad. No se perjudicaría a quien manifestara su devoción al emperador; los otros seguirían a Enrique en el exilio, perdiendo feudos y vida.

Muchísimos obedecieron, creando en torno a su antiguo señor un verdadero vacío. Pero el príncipe sajón, todavía fuerte, se preparó para resistir a ultranza en la parte septentrional de su ducado, en Schleswig, en el confín con Dinamarca.

Entonces Barbarroja, con sus extraordinarias dotes de diplomático, quitó a su primo, uno a uno, todos sus aliados, como el rey de Dinamarca y los burgueses de Lubeck, a los que se les reconoció "ciudad libre", es decir, dependiente directamente del imperio. Al fin Enrique, en su refugio de Stade, se vio obligado a la rendición. Vencido y humillado se debió presentar en actitud suplicante a la dieta de Erfurt.

A la vista de su gran rival Federico cedió a la emoción, lo levantó y lo estrechó en un abrazo.

Pero ya no era posible —y por otra parte tampoco habría sido políticamente prudente— restituirle su antigua grandeza y potencia. Enrique el León reobtuvo entonces sus bienes personales directamente de Federico, quien los tenía por derecho de confiscación, pero fue castigado con un exilio de tres años, luego muchas veces prolongado. Así, Enrique se vio obligado a marchar con su esposa Matilde, una princesa inglesa, a Normandía, al estado de su cuñado Enrique II, quien lo ayudó económicamente con largueza. Pero su poder se había acabado.

No es necesario subrayar la importancia que tenía para Barbarroja la victoria definitiva sobre el primo; no era solamente una afirmación de la propia autoridad, sino, más aún, una indicación precisa y elocuente de su poder concreto y efectivo, ya que el mayor de sus vasallos, en el giro de pocos meses, había sido ejemplarmente castigado con una prontitud y decisión tanto más impresionante porque sucedió a una cauta y lenta toma de posición jurídica.

La paz de Constanza y la convención de Verona

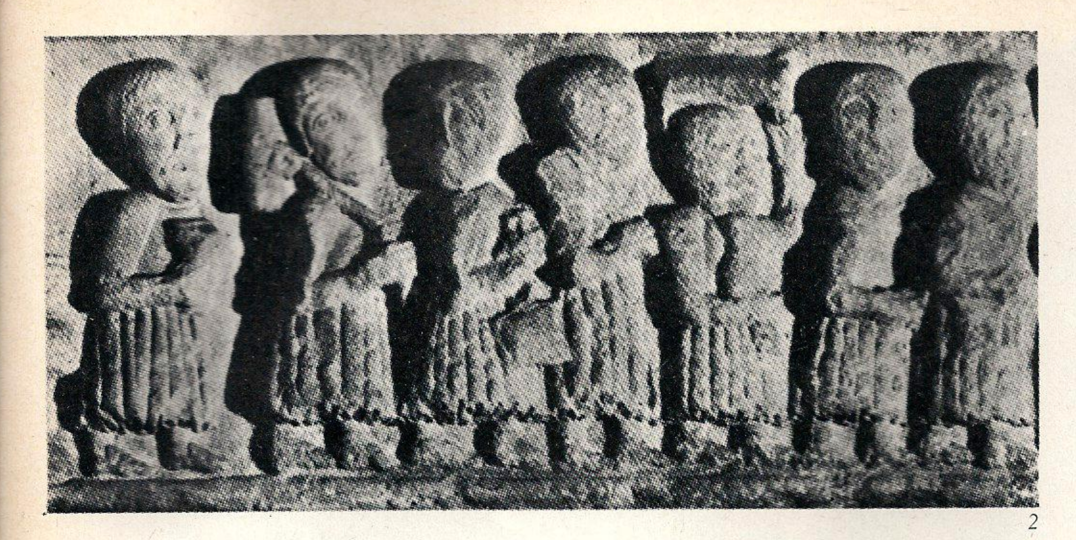
En tanto, estaban por vencerse los años previstos en Venecia para la tregua con las Comunas; también en Italia la situación había cambiado, si bien ligeramente, en su favor. La Liga continuaba siendo fuerte y unida, pero había muerto en setiembre de 1180 Manuel Comneno, dejando un hijo de once años y una difícil situación interna, por lo que una serie de turbulencias impidieron toda participación activa de Bizancio en Italia. Moría también, cerca de un año después, Alejandro III, al que sucedía Lucio III, natural de Lucca, mucho más preocupado por los problemas religiosos que por los políticos: la herejía hacía alarmantes progresos, tanto más que a los cátaros se habían sumado los valdeses, predicadores itinerantes, formados por un mercader de Lyon, Valdo, quienes al entrar en conflicto con la jerarquía eclesiástica a propósito del derecho a predicar, se habían dado a combatir la riqueza y el poderío mundano del clero, señalando, como contraste, el deber de retomar el espíritu de penitencia y de pobreza de Cristo.

Tanto cátaros como valdeses hallaban abundantes oyentes en las poblaciones de las ciudades; las autoridades comunales, por su parte, no tenían escrúpulos en obligar al clero al pago de tasas e impuestos, violando así la "libertad de la Iglesia". Contra la herejía que se propagaba y los arbitrios de las ciudades, Lucio III creía necesario el apoyo del imperio.

Federico tenía conciencia de este cambio en la realidad, como también del hecho de que de ninguna manera habría sido posible reiniciar las hostilidades en Italia —muy negativas habrían sido las reacciones de los príncipes germanos—. La política de Barbarroja adopta entonces una ductilidad y una delicadeza nuevas, como se puede apreciar en la espinosa cuestión de Alessandria; el 14 de marzo de 1183, la ciudad era reconocida y asumida bajo la protección imperial. Pero para simbolizar el repudio al pasado y la iniciación de una nueva época, todos sus habitantes debían salir de los muros, para luego reingresar, mientras el nombre era cambiado por el de Cesarea, en señal de obsequio al emperador.

Poco después Enrique, obispo de Asti, el marqués Enrique Guercio y hermano Teodorico eran nombrados por Federico plenipotenciarios ante la Liga Lombarda para concluir la paz. Las negociaciones que se realizaron en Piacenza, en abril, no debieron ser difíciles porque se trataba, en sustancia, de retomar las cláusulas de los acuerdos de Montebello, ahora que los dos motivos que años antes las habían hecho naufragar, Alejandro III y Alessandria, hacía tiempo que habían sido superados. Así el 25 de junio de 1184, a los representantes de las Comunas, trasladados a Constanza, Federico podía ofrecerles un privilegio, es decir, un acto de concesión —el emperador formalmente no podía hacer un tratado de paz sino con sus iguales, y tales no eran y nunca habían pretendido serlo las Comunas de la Liga—, pero en el que todas las exigencias, por las que las ciudades se habían rebelado, eran reconocidas puntualmente, con una precisa si no declarada eliminación de todas las decisiones tomadas en la segunda dieta de Roncaglia.

En especial, las Comunas podrían elegir libremente a sus cónsules, mientras el emperador se limitaría a un acto formal de investidura cada cinco años; ejercerían las



2

1, 2. Reingreso de los milaneses a su ciudad luego de la batalla de Legnano. Relieve del arco de Puerta Romana. Milán, Museos cívicos

regalías dentro de los muros sin limitaciones mientras que para el *condado* [campiña circundante de cada comuna] se habría establecido, caso por caso, la situación, y habría sido posible rescatarlos con el pago de una suma; además, las ciudades podrían construir fortificaciones donde lo quisieran, y mantener la Liga. Todos los ciudadanos debían jurar fidelidad al emperador nuevamente. Éste veía reconocido su derecho de recibir provisiones, otros tributos y actos de homenaje durante su ida a Italia y sus pasajes, la suprema autoridad de juez, que ejercería por intermedio de sus representantes, cuando no estuviera en la península. Si observamos la paz de Constanza desde el restringido punto de vista de las comunas, Federico se nos aparece como el gran derrotado; así gusta representarlo la historiografía italiana del Resurgimiento y, con una concordancia que debería ofrecer motivo de reflexión, la alemana más ligada al sentimiento nacional moderno y a los modernos problemas políticos.

Con la paz de Constanza —se ha observado, y aparentemente con razón—, al reconocer a la Liga, Barbarroja, a pesar de toda superioridad formal, terminaba por considerarla una potencia, que adquiría su propio nivel en el momento mismo en que la consideraba existente.

Sin embargo olvidan, quienes así piensan, que Federico, ya desde hacía tiempo debía haber tomado conciencia de la invencible renuencia de los príncipes alemanes a las expediciones italianas y, al mismo tiempo, de la objetiva dificultad de éstas. Obstinarse habría sido realmente derrochar vidas, dinero y medios, en el intento por dominar una situación que parecía definitivamente imposible de manejar. Además, al realismo de Federico —ésta es tal vez la consideración más importante que debe hacerse— no se le escapa la importancia y la preminencia que Milán había reconquistado en pocos años, reasumiendo, luego de Montebello y Legnano, el control de la Liga. Era necesario convertirla en amiga y, a través de la potencia milanesa, el emperador habría reconquistado aquella autoridad en Italia que por tanto tiempo había sido combatida y contrariada. La paz era la premisa inevitable de todo ello.

Entonces, si observamos el complejo de los problemas abiertos, a los que Federico dio solución en el giro de pocos años, debemos reconocerle una agudeza, una prontitud, una capacidad de distinguir y de operar, realmente excepcionales.

En efecto, abatido Enrique el León, reconciliado con la Liga, restablecida la concordia con la Iglesia, Federico Barbarroja domina entre sus contemporáneos: desde Dinamarca al Lacio, desde Renania a Polonia, su autoridad provoca admiración y estupor.

Si el Archipoeta ya no podía exaltar su grandeza en sonoros versos latinos, un Minnesänger, Enrique de Veldeke, en ocasión de la gran fiesta de Pentecostés en Maguncia, en 1184, cuando fueron armados caballeros los primeros dos hijos de Barbarroja, lo exaltaba como el emperador cuya fama llegaría al día del juicio, y de quien por más de cien años aún se hablaría y escribiría; en realidad, más allá de toda adulación cortesana, aparecía en una luz casi sobrehumana. De estos sentimientos y de este ascendiente es la confirmación la invitación que le dirigiera Lucio III para un encuentro en Verona.

El Papa se veía especialmente inducido a esta convención por la crítica situación de la Iglesia; la herejía se tornaba más fuerte y temible. En Palestina avanzaban indetenibles los turcos de Saladino.

La actitud de Alejandro III para con los cátaros y valdeses había sido de comprensión y de relativa benevolencia, ya que parece ser que el Papa no había comprendido claramente la peligrosidad de aquéllos. La situación, en cambio, se agravaba ya que, evidentemente, la predicación y la persuasión de los católicos poco podía contra los misioneros habilísimos, astutos en el arte de llegar al corazón de los fieles sin descubrirse; se carecía, por otra parte, de todo medio de coacción efectiva. Muchas veces las excomuniones de los obispos y del clero caían en el vacío, especialmente cuando las autoridades ciudadanas protegían voluntariamente a los heréticos, ya sea por sentimiento de amistad para con ellos, ya sea por opo-

sición a toda forma de ingerencia en la vida comunal por parte de poderes ajenos a ellos, aunque fueran los de la Iglesia.
Federico acudió al encuentro y favoreció en todos los modos los requerimientos del Papa: a la condena de los heréticos por parte del pontífice se sumó el bando imperial lanzado contra aquellos que hubieran sido castigados con la excomunión. De tal modo se cumplía el primero, importantísimo paso hacia la transformación de la herejía de hecho religioso, condenado solamente por la Iglesia, a delito propiamente dicho, punible con penas temporales. Sólo más tarde, sin embargo, en 1224, aparecerá la condena a la hoguera.
En cuanto a la Tierra Santa, Federico no hesitó en ofrecer su apoyo en las formas y en los modos que resultaran más oportunos.
El emperador demostraba así sentir con íntima, sincera convicción, la condición de cosa sagrada que representaba su altísimo poder; aparece, entonces, en otra luz aun buena parte de su política religiosa precedente, en la que varias veces nos sentiremos inducidos a reconocer una desenvoltura desprejuiciada, que en realidad es la expresión, aun en su oscilar, de una íntima elaboración de ideas. La dignidad imperial nunca es para Federico un oropel sin sentido, un manto más o menos solemne para recubrir un vacío interior, sino un deber difícil, empeño de inteligencia y de corazón regido por un sentido exasperado de la justicia. Recordamos la dureza sin piedad con que fueron castigados Milán o Enrique el León; pero también la severa y aun serena decición con que afrontó, para afirmar su derecho, fatigas y penurias, afanes y humillaciones, sin nunca rendirse o ceder.
En Verona tal vez, entre los temas de discusión, se presentó también aquel del arreglo matrimonial de Enrique, hijo de Barbarroja, desde hacía años rey de los romanos, designado por ello al Imperio sin ninguna oposición.
Federico, justamente por las luchas del tiempo de la Liga Lombarda, estaba perfectamente al corriente de la situación de Italia meridional y de Sicilia, bajo el rey Guillermo II.
Las bodas de este soberano habían sido estériles y la única heredera legítima era la hija de Ruggero II, Costanza, aún soltera a los treinta años, a una edad en que en aquellos tiempos se era poco menos que anciano. La posibilidad de la boda entre esta princesa, heredera entonces del reino, y de su hijo Enrique debe haber acudido fácilmente a la mente de Federico, tanto más que correspondía a una directiva política muy antigua entre los emperadores de origen germano, ya que había sido intentada —con poca fortuna, es cierto— por Otón I de Sajonia, cuando había hecho casar a su hijo Otón con una princesa bizantina, la muy conocida Teofania.
El 29 de octubre de 1184, de regreso de Verona, Barbarroja festejaba en Ausburgo el compromiso de los dos príncipes. La importancia política de la boda hizo pasar a segundo plano la desagradable diferencia de edades. El Papa, ya sea porque no veía aún las consecuencias de este matrimonio, ya sea porque consideraba que no debía intervenir dadas sus obligaciones para con el emperador, no osó hablar. Para reforzar su éxito y preparar el ulterior desarrollo de su política italiana, Federico deseó clarificar definitivamente, en el desenvolvimiento de la dirección seguida en Montebello y en Constanza, su posición en cuanto a Milán. Se torna ahora rico en significado, pero no sorprendente, lo que parecía ser una transformación de ideas y de alianzas: se aparta a Cremona, por tantos años fiel a Barbarroja y primera ciudad de la Liga que hiciera la paz, mientras se intenta y se obtiene la amistad de Milán.
La realidad, con su lenguaje inequívoco, había mostrado al emperador que la fuerza política, económica y militar más sólida, políticamente más capaz de orientarse, más decidida a afirmarse, era justamente su antigua "rebelde". A su juicio, agudo y al mismo tiempo concreto, no se le habían escapado las cualidades positivas de Milán, pero sobre todo el hecho de que la propia Liga con su organismo centralizado, con su colegio de *Rectores*, consentía ya a la gran ciudad lombarda un tranquilo ejercicio de su hegemonía de hecho, habiendo eliminado aquel continuo recurso a la violencia y a la amenaza, que en los primeros tiempos de su reinado lo habían obligado a intervenir con tanta premura. Se debe agregar que justamente en la Liga y por la Liga, pero también en las vicisitudes de la lucha contra Barbarroja, muchas ciudades lombardas habían terminado por aceptar las directivas de Milán, a la que antes, tantas veces, habían rechazado.
El acuerdo con Milán, que fue concluido en Reggio Emilia el 11 de febrero de 1185, determinando para la ciudad lombarda cuanto en Constanza había quedado sin decidir, en condiciones ventajosas, contenía también el compromiso de mantener fiel al emperador a Italia septentrional, aun en cuanto a los bienes matildinos, y a darle toda la ayuda necesaria para que conservara sus territorios. Una oposición de Cremona fue rechazada. Ordenada Italia septentrional, Federico se marchó a la parte central de la península, donde también mejoró ventajosamente la situación política, adquiriendo el control de puentes, caminos, localidades y ciudades, regresando luego a Pavia para pasar con su hijo la Navidad de 1185.
Un mes después, el 27 de enero de 1186, se celebran con gran pompa las bodas de Enrique y Costanza, en presencia de los más grandes príncipes del Imperio, italianos y alemanes, como para acentuar con el fausto espléndido de la ceremonia la afirmación plena de su potencia.
Había oficiado el rito el patriarca de Aquilea, en ausencia del arzobispo de Milán, Humberto Crivelli, quien poco antes había sido elevado al trono pontificio, tomando el nombre de Urbano III.

El último desacuerdo con la Iglesia

La elección de un milanés para la dignidad pontificia, no había sido casual. Los cardenales, evidentemente, habían tratado de detener el golpe de la alianza de Milán —y con Milán, de la Liga Lombarda— colocando en el vértice de la Iglesia justamente a un milanés y no de los más dispuestos para con Barbarroja, en la esperanza de restablecer los vínculos y la colaboración de la época de Alejandro III. Pero frente a la coincidencia de intereses que ya ligaba a Barbarroja con Milán, poco pudo la autoridad y el prestigio del nuevo pontífice aunque éste había mantenido intencionalmente la dignidad de arzobispo de su ciudad; en efecto, no había podido impedir que Enrique fuera coronado rey de Italia y se le diera el título de César para indicar su derecho a la sucesión imperial.
Urbano trató entonces de buscar remedio en Alemania, donde la política eclesiástica de Barbarroja suscitaba vivaces oposiciones; en efecto, había muerto, justamente en aquellos meses, Cristiano, arzobispo de Maguncia, fidelísimo a su soberano, y lo había sucedido aquel Conrado de Wittelsbach, muy ligado a la Curia Romana donde, como se recordará, se había refugiado durante el cisma y había obtenido la dignidad cardenalicia.
Federico volvió a Alemania para discutir estos problemas, y allí reunió en asamblea a toda la Iglesia alemana, en Gelnhausen. La discusión fue encarnizada y por un momento pareció que los partidarios del pontífice prevalecerían; pero las palabras del emperador, que supo dirigirse al sentimiento nacional de los prelados y a la antipatía de muchos de ellos para con la Curia Romana, invirtieron la situación, asegurándole el apoyo de la mayor parte de los obispos presentes.
La muerte de Urbano III, el brevísimo pontificado de Gregorio VIII, la sucesión de Clemente III, un romano, parecieron atenuar la tensión, también porque nuevos hechos, y mucho más graves, habían madurado en Palestina.

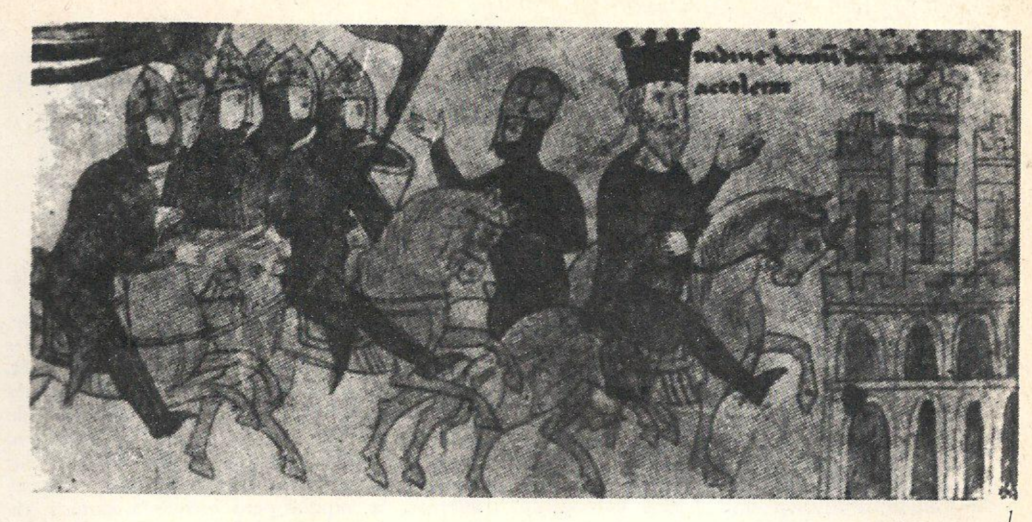
La cruzada: muerte de Federico

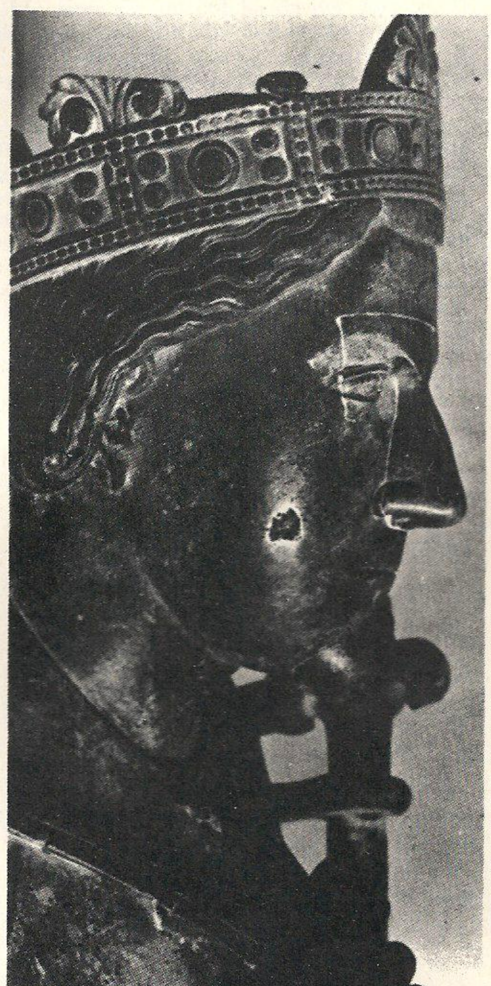
Saladino, luego de reunir bajo su poder a Egipto, el emirato de Damasco y el de Alepo, había atacado al reino de Jerusalén. En Hattin, en las cercanías del lago de Genezaret, los cristianos habían sido derrotados sanguinariamente; el 21 de octubre de 1187, luego de violentas batallas, Jerusalén caía nuevamente en manos de los infieles.
La impresión que ello causó fue enorme en Occidente, pero no se produjo un movimiento de multitud, como en los tiempos de la primera cruzada; Francia e Inglaterra no se movieron, empeñadas como estaban en combatirse mutuamente; las iniciativas par-

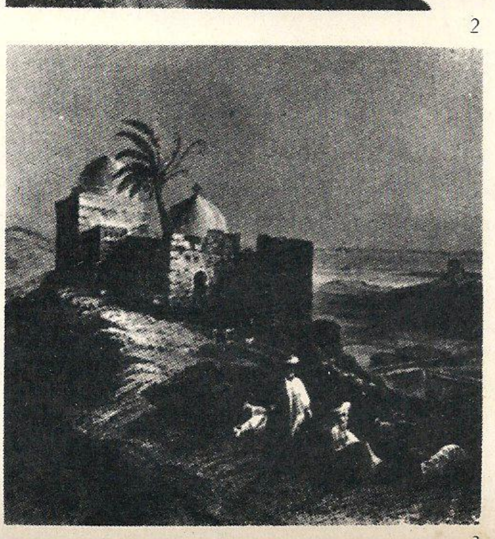
ticulares, como la de Guillermo II de Sicilia, que envió una flota en socorro de Trípoli de Siria, o de Conrado de Monferrato, que había corrido a defender Tiro en ayuda a los pisanos, no eran suficientes para contener la poderosa avanzada del victorioso Saladino.

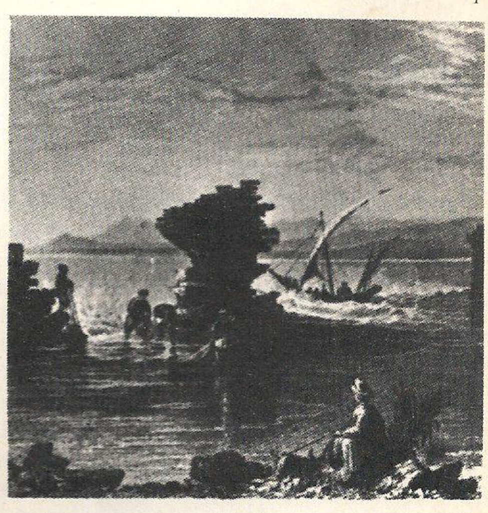
Los pedidos de los papas parecían caer en el vacío, cuando el ya viejo Federico, en perfecta coherencia con lo que había sido su ideal de la dignidad de emperador y la conciencia de sus deberes, convocó para marzo de 1188 una dieta en Maguncia que tomó el nombre de *curia Jesu Christi*; fue una asamblea de majestuosidad sin igual. El trono imperial fue dejado libre para indicar la presencia del mismo Cristo, que estaba más allá de todo testimonio de los sentidos, mientras en torno se disponían solemnemente Federico, sus hijos, los grandes dignatarios laicos y eclesiásticos, la feudalidad del Imperio. El delegado del Papa leyó un mensaje en el que se exponían las trágicas condiciones del reino de Jerusalén; el obispo de Würzburg habló del deber de intervenir para reconquistar el Sepulcro de Cristo. Entonces, con la emoción más intensa —el emperador tenía casi setenta años, encanecida la barba leonada— proclamó que tomaría la cruz junto con su primogénito Federico. El acto conmovió a la opinión de Europa: "Un hombre tan grande —escribe un cronista inglés de la Cruzada—, cuyo imperio se extiende desde el Mediterráneo al Océano Boreal, cuya gloria aumentó con victorias continuas, cuya fortuna no conoció límites, desprecia todos los halagos de la mundanidad seductora y se dispone humildemente a combatir por Cristo. Su heroísmo, especialmente en edad avanzada, suscita estupor no menos que elogios: siendo ya bastante anciano y teniendo hijos, en edad y en fuerzas, más adecuados que él para la guerra, como si no los juzgara suficientemente dignos de la misión, deseó asumir personalmente el compromiso de combatir por la cristiandad". Otros, y no pocos, se unieron a él.

La partida se fijó en Ratisbona para la Pascua del año siguiente: era necesario tanto tiempo, ya sea para evitar peligrosas improvisaciones, ya sea para preparar diplomáticamente la empresa. A diferencia del rey de Francia y de Inglaterra, también ellos cruzados, el emperador deseaba realizar su viaje totalmente por tierra; debía, entonces, predisponer el pasaje de sus tropas a través de la península balcánica y el imperio bizantino. A pesar de todos los preparativos, la expedición avanzó lentamente; debió detenerse largamente en Filippopolis, en Tracia, por la hostilidad de Isaac Angel quien, con todos los medios, deseaba evitar el arribo de Barbarroja a Constantinopla; sólo cedió cuando comprendió que corría el riesgo de tener que enfrentar a todo el Occidente y sobre todo a las flotas de las ciudades costeras italianas. Finalmente, el 21 de marzo de 1190, en seis días, el ejército imperial pudo atravesar los


1


2


3


4

1. Federico I parte para la cruzada. Del Liber ad honorem Augusti, *de Pietro da Eboli. Berna, Burgerbibliothek, cod. Bernese 120.*

2. Ricardo Corazón de León. Detalle del monumento sobre la tumba que contiene su corazón en Nôtre-Dame de Rouen. Siglo XIII

3, 4. Vistas de Tiro. De Syria illustrated, *Fisher's views, 1836*

Dardanelos, en Gallipoli, y desembarcar en Asia Menor. Las dificultades continuaron durante la marcha a través de regiones desoladas; faltaban víveres y agua mientras las acechanzas y los peligros de todo tipo alargaban el camino.

Se iniciaron las operaciones militares, todas victoriosas; con juvenil energía, Barbarroja venció a los turcos en Myjriokepjalon y en Iconio, capturando al soberano Kilidj-Arslan, al que caballerescamente le perdonó que hubiera faltado a su promesa de paz y de ayuda.

La Tierra Santa parecía ya alcanzada, pero en las frías aguas del río Salef, en el confín de Cilicia, Federico moría el 10 de junio de 1190.

La ruina de la expedición tan gloriosamente iniciada muestra del modo más claro la importancia que tenía el ascendiente de jefe, la inteligencia organizativa y el ejemplo vigoroso de Barbarroja.

De una parte a la otra del mundo cristiano corrió la noticia de la muerte del emperador, ante cuya grandeza callaron viejos odios, se apagó toda crítica. El elogio más alto le llegó justamente de un historiador de aquel imperio bizantino que había sido su enemigo tenaz y encarnizado, Niceta Coniate: "El emperador, hombre digno de noble y perenne recuerdo, murió, a juicio de los sabios, feliz hasta en una muerte tan triste, no porque, nacido de noble estirpe, tuvo el imperio sobre muchos pueblos, sino porque ardiendo de amor por Cristo, más que todos los otros príncipes de pueblos cristianos, abandonada la patria, la gloria del reino, la tranquilidad, la vida feliz y rica, su casa, con sus seres queridos, deseó afrontar penurias junto a los otros cristianos en Palestina en el nombre de Cristo y por el honor de su Sepulcro, prefiriendo una tierra extranjera a la propia, sin dejarse abatir por tantas millas de viaje, ni por la longitud y las dificultades del camino, ni por los peligros que le preparaban los pueblos, entre los que se disponía a pasar. Ni la falta de agua, ni la penuria del pan o su caro precio lo disuadieron de su propósito. Ni el abrazo lloroso de los hijos ni los últimos saludos conmovieron o debilitaron su ánimo. Como el apóstol Pablo, preocupándose poco por la vida, partió no sólo para dejarse encadenar, sino también para morir en nombre de Cristo. Así, al ser el celo de este hombre digno de los Apóstoles, y religiosa su intención, no fue en nada inferior a la santidad de aquellos que, puestos por encima de la común condición humana, se elevaron a la altura del mensaje evangélico con toda la tensión del ánimo y por toda la vida despreciaron la exterioridad mundana. Murió, por ello, felizmente".

La potencia imperial, la nobleza de la muerte por Cristo, la altura de la fama: ninguno, en su siglo, pudo llegar más alto.

De él —su cuerpo nunca volvió a la patria— la leyenda dijo que nunca había muerto, sino que dormía en la caverna de Kyffhäuser, pronto a despertar cuando sonara la hora de la patria.

Bibliografía

Entre las numerosas obras sobre Barbarroja, recordaremos aquí sólo las fundamentales: H. Prutz, *Kaiser Friedrich I*, 3 vols. Danzig, 1871-1874. W. von Giesebrecht, *Geschichte der deutschen Kaiserzeit*, V-VI, Leipzig, 1879; H. Simonsfeld, *Jahrbücher des deutschen Reiches unter Friedrich I*, I, Leipzig, 1908 (que sólo llega al año 1158); K. Hampe-F. Baethgen, *Deutsche Kaisergeschichte in der Zeit der Salier und der Staufer*, Heidelberg, 1949. Véase, además, la rápida pero completa síntesis de U. Balzani, *Papatò ed Impero nel secolo XII*, Messina, 1930; el ágil volumen divulgativo de R. Wahl, *Barbarossa*, Turín, 1945 (trad. ital.). Resultan importantes, especialmente por los aspectos de la política italiana: C. Vignati, *Storia diplomatica della Lega Lombarda*, Milán, 1866, reeditado recientemente a cargo de R. Manselli, Turín, 1966. Para el juicio sobre la política italiana de los emperadores germanos, con particular referencia a Barbarroja, merecen atención: G. von Below, *Die italienische Kaiserpolitik des deutschen Mittelalters*, Munich, 1927; F. Schneider: *Neuere Anschauungen der deutschen Historiker zur Beurteilung der deutschen Kaiserpolitik des Mittelalters*, Weimar, 1934; R. Morghen, *Il tramonto della potencia sveva in Italia*, Milán, 1936.

En español, para un estudio de la época y del enfrentamiento Imperio - comunas, J. L. Romero, *La revolución burguesa en el mundo feudal*, Bs. As., 1967.



¡Estos son los primeros cuentos!
Los príncipes verdes - La carta de Tilín
El espejito de la montaña - El mono doctor

Tomos en canje

Están en venta:

El país de los argentinos

(1° edición)
tomos 2, 3, 4 y 5

Los hombres de la historia

tomos 1, 2 y 3

Pueblos, hombres y formas en el arte

tomos 1*, 1** y 2*

De próxima aparición:

El país de los argentinos

(1° edición)
tomo 6

Los hombres de la historia

tomo 4

Pueblos, hombres y formas en el arte

tomo 2**

Canjéelos personalmente o por correo en

Centro Editor de América Latina

Junín 981 - T. E. 84-8211 - Buenos Aires

Nº 93 al 89 $ 280.-
Nº 88 al 1 $ 330.-